12

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

SUDERMANN

EL HONOR

DRAMA

EL HONOR

Imprenta de F. Badía, Dou, 14,—Barcelona

[355:13]

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO-Vol. 12

H. SUDERMANN

EL HONOR

DRAMA EN CUATRO ACTOS

VERSION CASTELLANA

2.ª EDICIÓN

LIBRERIA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA DEL CENTRO, 20.—BARCELONA: : : : : : : : 1907.

PERSONAJES

El barón de Trast Saarberg.

Roberto Heinecke.

Conrado.

Señor Heinecke.

Muhlingk.

Lotario Brandt.

Hugo Stengel.

Michalski.

El criado indio del barón de Trast.

Señora Heinecke.

Alma.

Augusta.

Lenora.

Señora Muhlingk.

Señora Hebenstreit.

La acción, en Berlín, en la fábrica de Muhlingk.

ACTO PRIMERO

Habitación de casa de Heinecke, amueblada pobremente, excepto dos sillones de damasco, cubiertos al principio con fundas grises, y un gran espejo de marco dorado que forman contraste por su riqueza con el resto del mobiliario, todo muy usado. Sobre la cómoda y sobre los *etagéres* varios objetos de casa. A la derecha, un velador con servicio de café; á la izquierda, una mesa grande de trabajo con un pote de cola, hojas de papel y un rimero de cartones; delante, un banco; y bajo la mesa, una maleta grande.

ESCENA PRIMERA

SEÑORA HEBENSTREIT, y SEÑORA HEINECKE: ésta limpiando el polvo muy afanada.

SRA. HEBENSTREIT.—*(Por la puerta de la derecha.)* ¿Conque es verdad que ya está aquí su hijo?

SRA. HEINECKE.—¡Bajo, bajo, por el amor de Dios! ¡Duerme! Pst.

SRA. HEBENSTREIT.—¿En la habitación de Alma?

SRA. HEINECKE.—Sí, mujer... No sé que me pasa... La alegría me hace perder la cabeza... *(Se deja caer sobre el taburete.)*

SRA. HEBENSTREIT.—¿Lo saben ya en la casa de enfrente?

SRA. HEINECKE.—¡Pues no han de saberlo! ¡Caramba! es el amo. Hoy irá á verlos.

SRA. HEBENSTREIT.—¿Y cuanto tiempo ha estado por allá?

SRA. HEINECKE.—Siete... ocho... nueve años y medio. ¡Cuanto tiempo sin ver á mi hijito! *(Llora.)*

SRA. HEBENSTREIT.—¿Y lo conoció usted en seguida?

SRA. HEINECKE.—Eso sí que no. Anoche, á cosa de las ocho... Heinecke se había dormido leyendo el diario... yo estaba sentada allá, componiendo un encaje de la falda de Alma. ¡Cómo rompe la ropa esa chiquilla! Pues, como iba diciendo, llaman á la puerta y entra un hombre... ¿que digo?... un caballero, con un capote de pieles de gran señor. Mírelo allí colgado. Cosa rica. Yo dije para mí: éste debe de ser algún conocido de Alma, un amigo de Conrado...

SRA. HEBENSTREIT.—*(Con interés.)* Sí, eso es.

SRA. HEINECKE.—¡Vaya! No son ni pizca orgullosos, y no se avergüenzan de venir á la casa de los pobres. Esto pensaba yo mientras él tiraba al suelo el abrigo y el sombrero, un sombrero así, muy reluciente. Después sin más ni más, se echó de rodillas ante mí. ¿Pero, estás viendo visiones? me dije yo. En seguida se puso á gritar: «Madre, padre, ¿no me conocen? Soy yo, Roberto, su hijo Roberto...» ¡Ah! vecina, una cosa de teatro. ¿Cómo podré soportar yo esto? *(Llora.)*

SRA. HEBENSTREIT.—Calma hija. La alegría dura poco Yo no me fio. Del agua mansa...

SRA. HEINECKE.—¿Qué está usted diciendo? Mi hijo es un buen hijo, muy noble y muy honrado.

SRA. HEBENSTREIT.—Si, sí, demasiado noble. Cuando se ha corrido tanto mundo y se ha dormido sobre sedas y terciopelos...

SRA. HEINECKE.—*(Enseñando el sillón.)* También aquí puede hacerlo; si ese es su gusto.

SRA. HEBENSTREIT.— Si... si... Con tal que quiera...

SRA. HEINECKE. —¿Y por qué no? A una madre le importa un comino eso del rango y de la posición... ¡Pero, Dios mío, y aquí me estoy...! ¿Dónde andará Heinecke? ¿Lo ha visto usted, vecina?

SRA. HEBENSTREIT.—Allá fuera está secando un anuncio al sol, según me dijo. Y considere usted, hay un frio que hiela.

SRA. HEINECKE.—Que se distraiga el pobre viejo. Media noche se la ha pasado trabajando. Bien es verdad que no pudimos pegar los ojos. ¡Con esta alegría!

ESCENA II

Dichos, HEINECKE.

HEINECKE.—*(Entra cojeando; tiene un brazo sin movimiento, y lleva un gran cartel.)* ¡Bravo! Ahora ya se mantiene bien esto.

SRA. HEINECKE.—Pst, silencio.

HEINECKE.—*(En voz baja.)* «Bien venido, hijo mío, á la casa paterna.» ¿Qué tal?

SRA. HEBENSTREIT. — Ha dado usted en el blanco.

HEINECKE.—Esa es la palabra. Y por centro un corazón de padre. ¿Verdad, mujer?

SRA. HEINECKE.—Arréglate esa corbata. Ya sabe usted como es, vecina. *(Heinecke sube sobre una silla, provisto de martillo y clavos para pegar el cartel en la pared.)*

SRA. HEBENSTREIT.—¿En dónde habrá aprendido su hijo esas finuras que trae por acá? *(Señalando á Heinecke.)* No habrá sido en su casa.

SRA. HEINECKE.—¡Y menos en la mía!... Escu-

che usted esto. Hace cosa de diecisiete años nombraron consejero de comercio al señor de la casa de enfrente, y dieron un gran convite. ¡Cuanta gente! ¡Qué iluminación! Hubo cerveza para todo el personal de la fábrica. *(Señalando á Heinecke.)* Este se atracó más de la cuenta... y ¿porqué no?—Oye tú, no des esos golpes—Cuando no cuesta nada... En fin ya se marchaban los convidados, cuando, ¡cataplúm! da una voltereta bajo las ruedas y se rompe un brazo y una pierna.

HEINECKE.—*(Sobre la silla.)* ¡Ya lo creo! ¡Ah, si, no fué nada! *(Silba.)*

SRA. HEINECKE —No silbes, hombre. Los amos vieron la desgracia desde una ventana. Preguntan por la familia, se informan de nuestra situación, y, envanecidos por el reciente nombramiento, fueron generosos. Pensaron en nosotros y se encargaron de la educación de nuestro hijo.

SRA. HEBENSTREIT.—¿Y han cumplido su palabra?

HEINECKE.—*(Continuando su trabajo.)* ¡Ah, canalla!

SRA. HEINECKE.—En fin, nos dieron albergue en el fondo del patio... y, á Dios gracias, aquí estamos todavía. A Roberto lo pusieron en un colegio, y allí aprendió muchísimas cosas, de esas que aprenden los caballeros. Y cuando volvía por vacaciones, lo convidaban á merendar con chocolate y crema batida. Era el compañero de la señorita, y jugaban juntos; porque en aquel tiempo, el señorito Conrado chupaba todavía el biberón.

SRA. HEBENSTREIT.—Sí, sí. Conrado era para Alma.

SRA. HEINECKE.—*(Bajando la voz.)* ¿Le parece?

SRA. HEBENSTREIT.—Es un decir, nada más.

SRA. HEINECKE.—Y después lo mandaron á un colegio de Hamburgo para aprender el comercio colonial, ¿comprende? Y cuando cumplió sus diecinueve años, se marchó en seguida para lo que llaman las Indias, muy lejos, en donde dicen que el calor abrasa como fuego. Allá mandó el amo también á un sobrino suyo y coge café y té, y todo eso.

HEINECKE.—Crecen allá esas cosas como aquí el diente de león... (*Bajo.*) ¿Doy en el quid?

SRA. HEINECKE.—Y Roberto tenía que ir á ayudarle un poco. ¡Y ya lo tenemos en casa, Dios mío!... ¡Y aquí me estoy!...

SRA. HEBENSTREIT.—Bueno, me voy. Queden con Dios. ¡Ah! no se olviden: Del agua mansa... (*Aparte.*) ¡Es muy natural. (*Váse.*)

ESCENA III.

HEINECKE y SRA. HEINECKE.

HEINECKE.—¡Anda, vejestorio!

SRA. HEINECKE.—Envidia, hijo, pura envidia.

HEINECKE.—¡Caracoles, qué pastel!

SRA. HEINECKE.—Me lo ha traído la cocinera de parte de la señorita.

HEINECKE.—(*Volviéndose.*) Nada de lo que viene de esa casa me interesa... Ya podía estar levantado nuestro señor hijo. Pronto sonará el pito de la fábrica para almorzar. (*Mira con ternura el cartel.*) «Bien venido seas, hijo mío!»

SRA. HEINECKE.—(*Gritando.*) ¡Ya está aquí!

HEINECKE —¿Quién?

SRA. HEINECKE.—Nuestro hijito.

HEINECKE. —(*Señalando el cartel.*) ¡Lo sabemos!

SRA. HEINECKE.—¡Silencio! Algo se ha movido. *(Escucha.)* Sí, sí, se pone los zapatos. Cuando pienso que está aqui detrás de esa pared, que se pone los zapatos y que va á entrar por esa puerta...

HEINECKE.—Yo no le diré más que esto: «Bien venido, hijo mío.» ¿Le has puesto al menos un poco de ese jabón francés tan bueno que usa Alma?

SRA. HEINECKE.—Y cuantas veces me estaba sentada aquí pensando: ¿Tendrá al menos su buena cama? ¿Se lo habrán comido los salvajes? Y ahora, ya lo tenemos aquí, está con nosotros. Hombre, deja esas almendras.

HEINECKE.— ¡No faltaba más! Me gustan.

SRA. HEINECKE.—¡Calla! ¡Ya está aquí! Arréglate esa corbata. No tienes vergüenza... *(Arregla las fundas de los sillones.)* ¡Jesús! ¡Qué emocionada estoy!

ESCENA IV.

ROBERTO, HEINECKE, la señora HEINECKE.

ROBERTO —*(Corre hacia sus padres, y éstos permanecen inmóviles sin saber que hacer.)* Buenos días, padre... Buenos días, madre. *(Abraza á su madre y le besa repetidas veces la mano.)* ¡Qué feliz, qué feliz soy!

HEINECKE.—Bien venido... *(Al ver que Roberto trata de besarle la mano, se la limpia con viveza en el pantalón.)* ¿También á mí me quieres besar la mano?

ROBERTO.—¡Vamos padre!

HEINECKE.—*(Tendiéndole la mano.)* Ya se conoce que eres un buen hijo.

ROBERTO.—*(Mirando á su alrededor.)* ¡Al fin aquí me tienen! Aún no sé donde estoy.....

¿Es posible? Parece un sueño. ¡Ah, la añoranza! ¡Qué triste es la añoranza, Dios mío! Figúrense ustedes: Sentado en un rincón, allá en aquellas tierras lejanas, empieza uno á ver todo lo que dejó atrás entre las brumas del horizonte: el padre, la madre, el patio, el jardín, la fábrica. Lo tocaría uno con las manos. De pronto, vemos una gran hoja de palmera que se balancea sobre nuestras cabezas, ó allá á lo lejos, un papagayo que chilla para distraerse. Entonces caemos de lo alto. Nos encontramos solos al otro cabo del mundo, en tierras extrañas... ¡Oh!

HEINECKE.—¿Papagayos? ¡Qué bonitos deben de ser! Aquí no los pueden tener más que los ricos.

ROBERTO.—¡Y si supieran qué angustias en estos últimos años! Y no hace mucho, durante el viaje ¡cuántos temores de no encontrarlo todo como yo lo veía allá en las tierras lejanas!

HEINECKE.—¿Y por qué?

ROBERTO.—Venía conmigo un amigo, el más querido de mis amigos, es preciso que ustedes lo sepan, y se afanaba por calmarme. «Es muy peligroso, me decía, querer reanudar los lazos que el tiempo y el destino han roto para siempre. Ya eres un extraño para los tuyos... Y sabe Dios si alguna cosa más». Les juro que sentí miedo por él, por ustedes y por mí mismo. Pero, gracias á Dios, esos temores han desaparecido. Se han realizado todos mis deseos, todos. Aquellas visiones que vivieron en mí durante diez años se han convertido en la realidad misma. Ese es mi padre, aquella es mi madre. ¡Buena y querida mamá! *(Con ternura.)* Algo envejecida, quizás. Pero, bah! *(Se anima.)* ¿de qué me servirían en-

tonces estos dos brazos vigorosos? Ya verán. Han aprendido á fabricar oro... ¡Y mis dos hermanas que pronto estarán aquí! ¡Ah! y aún está allí el pote de cola de papá. ¡Dios mío! (*Toca el pote.*) ¡Y la estampa que me dieron en la primera comunión, en su marco! Y cerca, la máquina de vapor produciendo siempre el mismo ruido.

SRA. HEINECKE.—Apostamos á que no has podido pegar los ojos en toda la noche con esa condenada máquina... que parece un infierno.

ROBERTO.—No madre; ninguna cuna me ha arrullado tan dulcemente. Medio dormido, repetía: ¡Sopla, amiga, canta siempre tu cantar de hierro, ánimo! Por mucho que te agites no trabajarás con más ardor que yo por la casa Muhlink. ¿No hay motivo para estar orgulloso? Mi corazón vivirá eternamente agradecido á nuestros bienhechores.

HEINECKE.—¡Hum!

SRA. HEINECKE.—¿Qué dices, tú?

HEINECKE.—¿Yo? Nada.

ROBERTO.—Y he jurado trabajar para ellos hasta mi última hora.

HEINECKE.—Demasiado has hecho ya, me parece.

SRA. HEINECKE.—Diez años hace que te estás matando por ellos.

ROBERTO.—No era tan duro el trabajo, madre. Pero, no hablen de ese modo, se lo suplico. Cada dia tiene esa casa más derecho á mi reconocimiento. ¡Si vieran con cuanto cariño me escribia el señor Muhlingk, y, sobre todo, Conrado, que ya es socio de la casa!

HEINECKE.—¡Conrado...! Ese es un buen chico. Pero, cree que siempre dirán: el esclavo no ha hecho más que cumplir con su deber.

Ya conocerás el paño. *(Roberto trata de replicar, pero se contiene y se vuelve con el entrecejo fruncido.)*

HEINECKE.—Pues sí, Robertito, hijo mío, mira á tu alrededor. ¿No ves nada? Tú, mujer; no ve nada.

SRA. HEINECKE.—¿Quieres cerrar el pico, charlatán?

HEINECKE.—¡Charlatán!... ¡Diablo de mujer! ¿Te parece que es ser charlatán dar la bienvenida á nuestro hijo? (*Lo lleva delante del cartel.*) ¿Qué tal te parece, eh?

ROBERTO.—Y tú has hecho eso, padre, con tu brazo enfermo?

HEINECKE.—Ps... Otros he hecho ya. Si no me ensuciara las manos con cola, lisiado y todo, mucho tiempo hace que la familia se hubiera muerto de hambre. Vamos, mujer, ¿qué haces con la boca abierta? ¿Tomamos ó no ese café?

SRA. HEINECKE.—*(Yéndose.)* Bien está; bien está.

ROBERTO.—*(Corre tras ella.)* Madre, no quería hacerte enfadar.

SRA. HEINECKE.—¿Enfadar? Eso lo dice para hacerte creer que es el amo aquí. (*Vase.*)

ESCENA V.

ROBERTO y HEINECKE se quedan un instante pensativos. Luego la señora HEINECKE.

ROBERTO.—*(Haciendo un esfuerzo para dominar una impresión desagradable.)* ¿De modo que aún trabajas el cartón?

HEINECKE.—¡Vaya que sí! Siempre.

ROBERTO.—¿Y no te molesta el brazo?

HEINECKE.—¡El brazo! Bah! bah! ¡El brazo! ¿Quieres ver como manejo la cola? Primero

el cartón... aquí; luego la tirilla... aquí. (*Con gran ligereza pasa el pincel por varios cartones sujetos bajo el codo izquierdo.*) ¿Quién se atrevería con el pobre lisiado?

ROBERTO.—Te admiro.

HEINECKE.—Bien dices. ¿Pero lo reconoce alguien en esta casa? ¿Quién me respeta aquí? Nadie me respeta. ¡Naturalmente! ¿Cómo quieres tú que esas señoritas—ya hay una que es señora—me respeten, cuando su madre les da el mal ejemplo?

ROBERTO —(*Descontento.*) ¡Padre!

HEINECKE.—¡Ya se ve! Como no tienes las manos en la masa... De lejos, todo parece muy bonito: ¡querida mamá! ¡hermanita querida! ¡Pero si vieras lo que he tenido que sufrir! Ni una sola vez me dan los diez céntimos del tranvía cuando salgo para tomar mi vaso de cerveza.

ROBERTO.—Eres injusto, padre. ¿No te cuida ella como á las niñas de sus ojos?

HEINECKE.—¡Díos mio! Nada tengo que decir de ella. ¡Silencio! Ya vuelve.

SRA. HEINECKE —(*Entrando con la cafetera en la mano.*) Siéntate, Roberto. No, ahí no; en el sillón. Ya verás. (*Quita la funda.*) Un caballero como tú debe sentarse sobre seda.

ROBERTO.—¡Diablo! ¡Qué esplendor!

SRA. HEINECKE —Y el otro es igualito. Tenemos dos. ¿Has visto el espejo? El marco es dorado y la luna de una sola pieza. El marido de Augusta dice que eso vale lo menos doscientos marcos.

ROBERTO.—¿Y de dónde salen tantas cosas bonitas?

SRA. HEINECKE.—De casa del señor consejero de Comercio.

ROBERTO —¿Les hace regalos semejantes?

HEINECKE.—Es decir...

SRA. HEINECKE.—*(Bajo.)* Calla. Ya sabes que el señorito Conrado no quiere que digan que es él... (*Alto.*) Si, nos regaló el espejo por Navidad, y ahora estos sillones. Vamos, tú, no pellizques el pastel.

ROBERTO.—En verdad lo digo, esas generosidades no me gustan.

SRA. HEINECKE.—*(Poniéndole café.)* Claro, cosas tan ricas no son para todo el mundo. Pero, cuando una recibe visitas tan encopetadas, cuando se tiene un hijo como tú y una hija de tanto talento...

ROBERTO.—¿Alma?

HEINECKE.—Claro que sí. Hemos hecho por ella cuanto podíamos.

SRA. HEINECKE.—Tú también. Nunca nos ha faltado tu dinero.

ROBERTO.—Para que pueda ir á una buena escuela y para que aprenda después la contabilidad y el oficio de modista. En eso quedamos

SRA. HEINECKE.—Es verdad... Entonces.

ROBERTO.—¿Y ahora? ¿No trabaja ya?

SRA. HEINECKE.—No, desde hace unos seis meses.

ROBERTO.—¿Pues qué hace?

HEINECKE.—*(Con orgullo.)* Estudia el canto.

ROBERTO.—Ya decía yo que Alma tendría aptitud para la música.

HEINECKE.—Una cosa extraordinaria. *(Beben café.)*

SRA. HEINECKE.—La oyó una cantante italiana, una signora, como le dicen, y nos confesó que no había oido uunca una maravilla como esa, y que sería para ella una honra darle lecciones por nada.

ROBERTO.—Pero, vamos á ver, ¿porqué no me han dicho una sola palabra de eso?

SRA. HEINECKE.—¡Dios mio! Están tan lejos

esas Indias que algo se nos llega á olvidar. Y, además, queríamos darte una sorpresa.

ROBERTO.—*(Se levanta y se pasea agitado.)* ¿Pero, Augusta se cuida de ella como es debido?

SRA. HEINECKE.—Naturalmente. No la deja un momento. Alma come con ella, estudia en su casa, y, cuando por la noche se hace tarde para tomar el tranvía, se queda allí como esta noche casualmente.

ROBERTO.—¿Y no están ustedes intranquilos cuando se queda fuera?

HEINECKE.—¡Bah! Ya es una mujer.

SRA. HEINECKE.—En casa de Augusta está tan segura como aquí. Pero ya debian estar de vuelta, porque el lechero les ha llevado una carta esta mañana. ¡Qué alegria van á tener!

ROBERTO.—¿Y es feliz Augusta?

SRA. HEINECKE.—Eso es según. El bebe un poquillo, y luego, no le gusta mucho trabajar, pero...

HEINECKE.—Pero, para gritar y andar con chismes se pinta solo.

SRA. HEINECKE.—En fin, no lo pasan mal. Augusta tiene dos habitaciones con mucho lujo, y las tiene alquiladas á un señor muy rico de Posthdam. Algunas veces baja y paga todo el mes: una bonita suma. Solo por el café del desayuno le da un marco. *(Va á la ventana.)* Ahora viene y trae al marido.

ROBERTO.—¡Cómo! ¿Y no viene Alma con ella?

ESCENA VI

Dichos, AUGUSTA y MICHALSKI.

AUGUSTA.—¡Ah! Al fin te vemos. *(Se abrazan)* ¿Qué tal tus negocios? ¡Pero vaya una pre-

gunta tonta! ¡Con ver ese traje! Bien es verdad que no es oro todo lo que reluce. Aquí tienes á mi marido.

ROBERTO.—Querido hermano, un fuerte apretón de manos.

MICHALSKI.—Es demasiado honor. Pocas veces se honra así á una mano callosa.

ROBERTO.—No es muy fraternal eso que digamos. *(A Augusta.)* ¿Dónde está Alma?

AUGUSTA.—Nuestra princesita ha querido emperifollarse para ver á su señor hermano. Primero; han tenido que peinarla. *(Roberto expresa admiración)* Seguramente llegará en el primer tranvía. ¿Quién ha traído este pastel?

SRA. HEINECKE.—*(Ofreciéndolo á todos. Augusta y Michalski toman.)* Otro poquito, Roberto. *(Roberto lo rechaza. Los demás comen. Silencio.)*

HEINECKE.—¿Qué dices de esto, Michalski? Bien venido, hijo mío...

MICHALSKI.—*(Comiendo.)* ¡Pamplinas!

ROBERTO.—¡Hermano!

HEINECKE.—¿Cómo? Lo que digo de todo corazón, con mi brazo paralítico..... *(Roberto lo calma.)*

MICHALSKI.—No soy más que un obrero, y hablo con franqueza Detesto los cumplidos. Cuando uno se mata trabajando como nosotros y se tiene siempre encima el hambre y el látigo.....

HEINECKE.—Sobre todo, cuando uno se pasea á las once de la mañana y come pastel...

AUGUSTA.—*(Comiendo.)* Vamos, ¡el mismo siempre! *(A Michalski.)* ¿Te estarás quieto? ¿No ves que chochea?

HEINECKE.—¿Conque cho... che...? Está bien. Ya lo ves. Mira como me tratan mis propios hijos.

ROBERTO.—*(Bajo á su hermana.)* Escucha, Augusta: Jamás pude pensar que se dijeran aquí semejantes cosas.

AUGUSTA.—¿Qué cosas? *(Llaman. Entra un criado de librea con un ramo en la mano.)*

ESCENA VII

Dichos, WILHELM.

TODOS —*(Menos Roberto.)* ¡Es Wilhelm! Buenos días. *(Le estrechan la mano.)*

SRA. HEINECKE.—¿Para quién es ese ramo? Lo lleva usted fuera seguramente.

WÍLHELM.—No, es para usted. ¿Es usted el hijo de Heinecke? *(Roberto hace un signo afirmativo.—Con familiaridad.)* Mucho gusto en conocerlo. *(Trata de estrecharle la mano.)*

ROBERTO.—*(Sonriendo.)* ¡Qué amable!

WILHELM.—Mis amos le dan á usted la bienvenida y le mandan estas flores. Son las más raras de nuestro jardin. Pero, entre nosotros, la señorita es quien me ha dado el ramo y ha preguntado por usted.

ROBERTO.—*(Dominando su emoción.)* ¿Le ha encargado á usted que me lo diga?

WILHELM.—¡Oh! eso no.

ROBERTO.—Pues entonces, guárdelo para usted. *(Da una moneda de plata al criado que se dirige á la puerta.)*

SRA. HEINECKE.—*(A Wilhelm.)* ¿No quiere usted tomar un poco de pastel con nosotros? Todavía queda.

ROBERTO.—Perdone, madre. Ya tiene su propina. Diga usted á su amo que, á las dos, tendré el gusto de visitarlo en compañía del barón de Trast—Saarberg. Puede usted marcharse *(Wilhelm sale.)*

SRA. HEINECKE.—¿Un barón? ¿Qué barón?

ROBERTO.—Un amigo, madre, á quien estoy muy agradecido.

AUGUSTA. —(*Bajo á Michalski.*) ¿Oyes? Nos quiere hacer creer que es amigo de un barón.

MICHALSKI.—(*Bajo.*) ¿Se figura que nos va á dejar deslumbrados?

SRA. HEINECKE.—Voy á poner el ramo en agua. No debías haber tratado de ese modo á Wilhelm, hijo mío. Es un buen amigo.

AUGUSTA.—Los pobres no podemos tener amigos barones.

MICHALSKI —Nos hemos de contentar con criados.

SRA. HEINECKE —Has de hacer las paces con él para darnos gusto, Roberto. Es muy amable con nosotros. Cuando no es un trozo de asado, nos trae una botella de vino.

ROBERTO —¿Y tú lo aceptas, madre?

SRA. HEINECKE.—¿Por qué no? Somos pobres, hijo mío. Mucho nos alegramos cuando cae algo.

ROBERTO.—Madre, redoblaré mis esfuerzos; les mandaré todo cuanto pueda economizar; pero. ¿verdad que no volverás á aceptar nada de ese criado? Prométemelo.

SRA. HEINECKE —Eso sería en mí orgullo y despilfarro. Un buen regalo no se debe nunca rehusar. Estoy segura que sólo por complacerte te habló de la señorita. Por lo demás. algo raro pasa en esto. Ni una sola vez la he encontrado en el patio que no me preguntara por ti, y si te prueba aquel clima abrasador, y cosas por el estilo. Y ponía unos ojos tan dulces... Si fueras un poco listo, Roberto. . (*Todos rien.*)

ROBERTO.—Por el amor de Dios, madre, ni una palabra más.

HEINECKE.—¡Caramba! Y muy de mi gusto que sería... ¡Dos milloncejos!

MICHALSKI —¿Podríamos ir á verte, hermano?

ROBERTO.—*(Aparte.)* ¿Durará mucho este martirio?

ESCENA VIII.

Dichos, ALMA, con traje chillón, chaqueta beige, sombrero pequeño coquetón, muy bien peinada, guantes de Suecia, muchos brazaletes, entra por la puerta entreabierta.

ALMA.—Buenos días á todos.

ROBERTO.—*(Corre hacia ella y la estrecha entre sus brazos.)* ¡Alma! ¡Alabado sea Dios!

MICHALSKI.—*(A Augusta.)* Los dos aristócratas de la familia.

ROBERTO.—*(Acariciando á Alma.)* ¡Qué bonita eres, hermanita!

ALMA. — *(Con amaneramiento.)* ¡Hermanito querido!

AUGUSTA.—*(Bajo.)* ¡Dios mío! ¡Cuánta ternura! *(La señora Heinecke ayuda á Alma a quitarse la chaqueta.)*

HEINECKE.—¿Qué hay de nuevo? *(Le acaricia las mejillas.)* ¿Eres ó no mi tesoro?

ALMA.—*(Cantuceando.)* «¡Oh! sí, papá, es Giroflá.»

HEINECKE.—¿Oyes como canta? Italiano puro.

ROBERTO.—¿Qué es lo que me han dicho? ¿Conque quieres á todo trance ser una cantante famosa?

ALMA.—Si pudiera ser, me gustaría mucho.

SRA. HEINECKE.—Alma, ¿quieres un poquito de pastel?

ALMA.—Muchas gracias. *(Come y pasa y vuelve á pasar por delante del espejo.)*

ROBERTO.—¿Y estudias mucho?

ALMA.—*(Con la boca llena, hace signo que si.)*

Todas las tardes doy mi lección... *Do, re, mi, fa, sol, la, si, la, sol, fa.* ¡Ah! esas escalas! Una muerte, hijo... Y esos ejercicios eternos... me desesperan.

SRA. HEINECKE.—¡Pobre niña!

ALMA.—«O, yes.» También he aprendido inglés. Soy instruidísima. Lo sé todo.

HEINECKE.—¡Muy bien! Ya lo ves, Roberto.

ALMA.—Y, después de todo .. no se vive más que una vez. Lo que importa es estar alegre... ¿Eres tú también alegre, hermanito?

ROBERTO.—Sí, cuando hay motivo para estarlo.

ALMA.—No es eso. Siempre se ha de estar alegre con razón ó sin ella. Luego, ¡la vida es tan hermosa! Cada dia nos trae algo nuevo. ¡Es tan hermoso Berlín! ¿Sabes? ¡bajo los tilos! ¿Has visto la luz eléctrica? Deliro por ella. Le da á una una palidez tan interesante... Ahora todos los restauranes están iluminados con luz eléctrica. Es magnífico. He visto una araña, en el café nuevo de la plaza de Douhoff ¿sabes? que es una enorme guirnalda de flores, y en cada flor hay una lámpara eléctrica.

ROBERTO.—¿Y tú vas á ese café?

ALMA.—¿Yo? ¡Qué ocurrencia! Lo he visto por la ventana, ¿No hay cosas como éstas allá en las Indias, verdad?

ROBERTO.—No, no las hay.

ALMA.—Es que estamos muy adelantados. No sé quien me dijo que Berlín era casi tan hermoso como París. ¿Es verdad?

ROBERTO.—No conozco á París, querida.

ALMA.—¡Qué lástima! Un joven debe conocer á París.

ROBERTO.—*(Estupefacto y encantado.)* ¡Loquilla!

ALMA.—¡Ah! soy muy pícara, ¿verdad? Ja, ja.

Así soy yo. ¡Ah! ¡ah! *(Se aleja riendo, inclinándose hacia Augusta y le da á oler el pañuelo que lleva en el cinturón.)* Huele eso.

AUGUSTA.—¡Delicioso! ¿Qué es?

ALMA.—«Royal Houbigant»; la última novedad de París. Acaban de dármelo.

AUGUSTA.—*(Bajo.)* ¿Vienes esta noche?

ALMA.—*(Bajo.)* No lo sé. Me lo mandará á decir. Pero, mañana á la noche vamos al baile de máscaras. ¡Ah, ah, ah!

ROBERTO.—Hablemos serio, niña. Ven aquí, siéntate... delante de mí... aquí... aquí.

ALMA.—¡Dios mío! ¿Qué te dá? Como ante el juez.

ROBERTO.—Por lo menos, te abrumaré á preguntas. *(Los padres se agrupan detrás del sillón de Alma. Michalski se sienta sobre la mesa de trabajo. Augusta cerca de él, en el taburete.)*

ALMA.—Bueno, vamos, cuando guste, caballero.

MICHALSKI.—*(Bajo á Augusta.)* Va á tener miga esto.

ROBERTO.—¿Cómo supiste que tenías talento?

ALMA.—Eso lo conoce una misma, como el amor.

ROBERTO.—*(Desagradablemente impresionado.)* ¡Bien! . Pero alguien te lo habrá dicho. *(Alma alza los hombros.)*

SRA. HEINECKE.—Procura acordarte. Fué el señorito Conrado...

ROBERTO.—¿El hijo del principal?

HEINECKE.—Naturalmente.

ROBERTO.—¿Y como lo sabía él?

SRA. HEINECKE.—La oyó cantar un día por la ventana del patio, y, al día siguiente, vino á decirnos que era un crímen dejar semejante voz...

ROBERTO.—¿Pero, porqué no dejas contestar á Alma, madre?

AUGUSTA.—¡Es tan tímida!

ALMA.—«...Dejar semejante voz perderse aquí, en este rincón del patio, y, sobre todo, dejarme á mí perder el tiempo en esta casa. Hay que sentirlo mucho por usted, Señorita. me dijo »

SRA. HEINECKE.—Eso lo oí yo misma. Dijo: Señorita.

HEINECKE.—¡Es cierto, y es mi hija. ¿Eh?

ROBERTO —Continúa, Alma.

ALMA.—«Mis padres protegen á su hermano, añadió, y yo la protegeré á usted», dijo también. Así. Y luego me buscó una profesora, una señora que dá lecciones de música en su casa. No van más que jóvenes de las familias más distinguidas. Hay una que es novia de un teniente de húsares.

ROBERTO.—¿Cómo se llama esa señora?

ALMA.—(*Desconfiada*) ¿Para qué quieres saberlo?

ROBERTO.—Porque eso no ha de ser un secreto.

ALMA —Pues es la signora Paulucci.

HEINECKE.—¡Una italiana legítima!

ROBERTO.—(*Sacando su cartera.*) ¿Dónde vive?

ALMA —(*Con viveza.*) No tienes necesidad de ir á su casa. Lo que te digo es mucha verdad.

ROBERTO —Lo creo. Pero me gustaría saber lo que esa profesora piensa de tí. (*Alma dirige una mirada á Augusta.*)

AUGUSTA —Si quieres, puedes acompañarla mañana á la lección.

ALMA.—(*Con viveza.*) Sí, si, mañana.

ROBERTO.—Bueno. (*Se levanta y se pasea agitado.*) No quiero entristecerte, niña mía;

pero debo confesar á ustedes que no participo yo de esas esperanzas.

HEINECKE.—¿Cómo se entiende eso?

ROBERTO.—Muchas son las jóvenes que quieren ser artistas sólo por vanidad, por ambición. Y esta carrera tiene sus peligros, muchos más de lo que ustedes creen. Estoy plenamente convencido que los móviles de Conrado son puros y nobles, pero... En fin, si mañana, por persona autorizada, me convenzo de que mis escrúpulos no tienen fundamento, yo mismo me ocuparé de tí, y te prometo que no descansaré hasta que no hayas llegado á la cumbre del arte. (*Alma coge el vaso de sobre la mesa y oculta la cara detrás de las flores*) ¿Y no es cosa extraña que todo se lo debamos á la familia Mühlingk, hasta esta dicha inmensa? (*Michalski rie irónicamente. Roberto lo nota con inquietud, pero no dice nada*)

ALMA.—Mamá, ¿quien me ha mandado este ramo tan hermoso?

SRA. HEINECKE.—La señorita Lenora ha querido celebrar la bienvenida de... (*Señala á Roberto.*)

ALMA.—¡Ah, es de ella! (*Deja el ramo.*)

ROBERTO.—Escuchen. Una pregunta. He observado que apenas hablo de la familia del amo, uno de ustedes se echa á reir y se permite una inconveniencia. El único á quien parece respetarse algo aquí es Conrado. No quiero rodeos. ¿Qué motivos de queja tienen ustedes de nuestros bienhechores? ¿Qué les han hecho á ustedes? (*Silencio.*) ¿A tí, por ejemplo, cuñado, que hace un instanto parecías burlarte de ellos? ¿O á ti, Alma, que has dejado con desprecio las flores de la señorita Lenora? Nues-

tra madre ha dicho bien claro que siempre ha sido amable con todos ustedes.

ALMA.—¿Amable, ella? Una impertinente llena de orgullo que no se digna levantar la cabeza cuando pasa á mi lado. Jamás me dirige la palabra, y apenas hace una ligera inclinación de cabeza cuando la saludo. Sí, sí, muy amable.

AUGUSTA.—Lo mismo hace conmigo.

ROBERTO.—*(Aparte, con dolor.)* Antes, no se hubiera portado de ese modo.

SRA. HEINECKE.—Esperen á que se case con Roberto.

ROBERTO.—*(La interrumpe muy contrariado.)* Pero, ¡mamá!. . Ahora me acuerdo que he traido algunos regalillos para mis hermanas y para usted, y para ti también, hermano.

ALMA.—*(Levantándose bruscamente, con curiosidad.)* ¿Qué es? ¿Dónde están?

ROBERTO.—En la alcoba, sobre la mesa. Cada paquete tiene su nombre escrito. *(Los tres, con Augusta delante, se precipitan hacia la alcoba.)*

HEINECKE.—¿Y para nosotros no hay nada?

ROBERTO.—Esas chucherías no sirven para ustedes. Díganme lo que desean.

SRA. HEINECKE.—¡Ah! si pudiéramos tener un sofá que haga juego con los sillones... *(Roberto con la mirada vaga, abstraído.)* Ya lo veo, no me comprendes.

ROBERTO.—*(Con tono triste en son de queja.)* No, madre, no te comprendo.

HEINECKE.—*(Con tono de mal humor.)* Yo me conformo con un pote de cola nuevo. Me parece que no es un gran sacrificio. *(Vuelven, Augusta, con un chal de mil colores; Alma, con un aderezo; y Michalski, con una*

gran pipa. Rodean á Roberto y le dan las gracias.)

ROBERTO.—*(A Alma que juega con la joya.)* ¿Estás contenta, Alma? Mira, esas piedras de un azul pálido con zafiros de la India.

ALMA.—Muy bonitos. Pero, si te digo la verdad, prefiero los zafiros oscuros. Tienen más fuego.

ROBERTO.—¿En donde has aprendido eso?

ALMA.—¡Bah! en los escaparates. Nos gusta mucho mirarlos.

ROBERTO.—¿Y que es eso que brilla en tus orejas?

ALMA.—¿Esto? Piedras falsas. Dos marcos el par.

ROBERTO.—Esas cosas no se llevan. Si me prometes quitártelas en seguida, te daré una sorpresa que aun guardo para ti en la maleta.

ALMA.—*(Quitándose los pendientes, con enfado)* Sea, para darte gusto.

ROBERTO.—Es el traje de una princesa india, que formaba parte del botín de guerra de unos amigos míos. Imagínate: color rosa, bordado de oro.

ALMA.—*(Radiante de alegría.)* ¡Dios mío! ¡Divino!

MICHALSKI.—*(Riendo.)* Naturalmente, después la colgásteis de un árbol, así, desnuda. *(Roberto lo mira con admiración)*

ALMA.—*(Acariciándole.)* Eres un tesoro. *(Un cochero de librea llama por la ventana.)*

SRA. HEINECKE.—*(A su esposo.)* Tú, ve á ver qué es lo que quiere Juan.

ALMA.—*(A Augusta.)* ¡Cómo se van á quedar mañana en el baile de máscaras! Se las comerá la envidia.

AUGUSTA.—¡Silencio!

HEINECKE.—Dice Juan que el señorito Conra-

do va á salir, y pregunta si quieres acompañarlo. *(Augusta y Alma se miran.)*

ROBERTO.—¿Qué significa esto?

AUGUSTA.—Muy sencillo. El señorito Conrado tiene coche, y, como es muy amable, ha convidado á Alma para que le acompañe algunas veces.

ROBERTO.—¿Cómo? ¿Ustedes toleran eso? ¿Y tú, Alma, también consientes?

ALMA.—A una joven siempre le gusta ir en coche.

SRA. HEINECKE.—Así se economiza el tranvía.

ROBERTO.—¡Dios de los cielos! ¿Y qué dicen de todo esto las señoras de Muhlingk?

ALMA.—¡Oh! no saben nada. Cuando acompaño al señorito Conrado, manda detener el carruaje en el portal de fuera, por donde no pasan más que los obreros.

ROBERTO.—Pues, mucho peor. Esos tapujos no pueden menos de suscitar innobles sospechas. ¿No has pensado en esto? Alma, ven acá, mírame de frente. *(Alma lo mira sin turbación alguna.)*

ALMA.—Bien, ¿y qué?

ROBERTO.—*(Cogiéndole la cabeza con las dos manos.)* No, no es posible, estos ojos no pueden mentir. Eres pura... eres... *(La besa en la frente y en las mejillas.)*

HEINECKE.—¡Vamos!... Juan está esperando.

ROBERTO.—Dígale que antes iré yo á hablar con su amo.

ALMA.—¿Y para qué? Es cosa ya convenida.

ROBERTO.—Pues desde hoy se acabaron tus paseos en coche en compañía de Conrado. Para las jóvenes de tu condición... de nuestra condición, bastan los ómnibus. *(Alma furiosa rompe á llorar.)*

SRA. HEINECKE.—¡Pobre niña!

AUGUSTA.—Por lo visto, quieres trastornarlo

todo en esta casa. *(Se oyen gritos de muchachos en el patio.)*

HEINECKE.—*(En la ventana.)* Mirad, venid aquí de prisa. ¡Un negro... con un turbante! *(Todos corren á la ventana, menos Roberto que los mira moviendo la cabeza.)*

ROBERTO.—¿Un negro?... No, no es un negro.

ALMA.—*(Llorando todavía como un niño.)* Roberto, ¿es de veras un negro?

ROBERTO.—*(Sombrío.)* No, niña, es el criado indio de mi amigo.

SRA. HEINECKE.—¿De tu amigo... el barón?

ROBERTO.—Justo. *(Entra el criado. Todos le rodean.)* Ragharita, tu amo honrará nuestra casa con su visita. *(El criado sale. Agitación. La señora Heinecke mueve los sillones y limpia el espejo.)*

ALMA.—*(Ante el espejo.)* ¿Es jóven ó viejo el barón? *(Roberto no responde.)* Tengo los ojos como tomates, encarnadísimos, ¿no es verdad, Augusta? Ya verán como es jóven. *(Vase por la izquierda.)*

MICHALSKI.—Vamos, Augusta. No estorbemos á tales personajes. *(Vánse.)*

HEINECKE.—Ya sé lo que me corresponde decir: Señor barón, tenga la bondad de sentarse en este sillón. ¡Ah! si entenderé yo de estas cosas.

SRA. HEINECKE.—Aquí hemos tenido á un vizconde, amigo del señorito Conrado, que vino á preguntar por Alma. ¿Te acuerdas, papá? Pero á un baron no lo hemos visto nunca.

ROBERTO.—¿Quien vino aquí, madre?

ESCENA IX

Dichos, EL BARON DE TRAST que es un hombre de cabello gris, de barba larga, entre cuarenta y cincuenta años. Viste con elegancia, sin afectación. Aspecto de extranjero. Roberto se le acerca y le estrecha las manos.

TRAST.—*(Bajo.)* ¿Qué tienes? Parece que aun dura la exaltación del regreso. *(Alto.)* Al fin estás al lado de los que tanto deseabas ver. *(Le estrecha la mano.)* Tenéis delante casi un segundo hijo. La estrecha amistad que me une á mi antiguo amigo me da derecho á este título. (*Heinecke sale haciendo muchas reverencias.*)

SRA. HEINECKE.—El señor barón nos daría mucho gusto si aceptara un trocito de pastel. Aun queda un poco.

TRAST.—Gracias; ya tomaré... ya tomaré. *(La señora Heinecke, saluda y sale.)*

ESCENA X

TRAST y ROBERTO

TRAST.—Estás pálido, amigo mío; tiemblan tus manos. ¿Qué ha pasado?

ROBERTO.—¡Oh! nada. La dicha, ¿comprendes? la emoción. Es muy gatural.

TRAST.—Muy natural. (*Aparte.*) Miente. *(Alto.)* Dime, ¿piensas estar mucho tiempo por aquí? Te esperaré cuanto quieras. Marcharemos juntos.

ROBERTO.—Imposible. Ya no podemos seguir el mismo camino.

TRAST.—¿Cómo es eso? Explícate.

ROBERTO.—Voy á suplicar á mi jefe que me coloque aquí. El clima de las Indias... ¿comprendes?

TRAST.—Cuentos. ¿Tan bien te hallas junto á las faldas de tu madre?

ROBERTO.—No bromees ni me preguntes nada. Y puesto que vamos á separarnos, déjame que te diga: amigo mío, querido y terrible á la vez, gracias de corazón por cuanto has hecho en favor mío. Bendigo el momento en que te fijaste en mí en el club de Buitenzorg, mientras temblando, calenturiento, miraba yo á mi joven jefe arrojar, uno tras otro, billetes y más billetes sobre la mesa de juego.

TRAST.—¡Qué tonto fuí en brindarte una amistad de esas que enorgullecen al hombre! Ahora me pagas... No, eso no está bien hecho.

ROBERTO.—Me haces daño. Tú lo sabes, te lo debo todo. Cuando aquel día oí pronunciar tu nombre, ese nombre de Trast y C.ª que desde Yokohama hasta Adén es omnipotente, me pareció estar en presencia del emperador en persona.

TRAST.—Emperador por la gracia de los sacos de café

ROBERTO.—La empresa de la casa Muhlingk, en Batavia, estaba á punto de zozobrar.

TRAST.—Era lógico. Aquel director era el mayor canalla del archipiélago.

ROBERTO.—Ya me veía despedido, cuando tú amparaste al pobre dependiente salvándole de la miseria. Tu nombre me dió amistades; gracias á tus consejos llegué á ser un hombre, y, mientras Benno Mühlingk se entregaba á los placeres, la dirección de los negocios pasaba insensiblemente á mis manos.

TRAST.—Y el fin de la historia es que, gracias á nosotros, han ganado algunos centenares de miles de marcos la casa Mühlingk y su

gracioso representante. ¡Si al menos los hubieras ganado tú! En fin, voy á abrirle los ojos á tu señor jefe; quiero que te conozca. Y si no te nombra socio, como mereces, te juro que voy á operar una alza tal en los cafés, que el noble fruto de la encina alemana recibirá honores nunca soñados. Pero, hablando seriamente ¿por qué te empeñas en quedarte al servicio de esa gente? Ven conmigo; te ofrezco un sueldo de príncipe y aguinaldos dignos de los dos. (*Roberto hace signos negativos con la cabeza.*) Semejante locura no puede justificarla el agradecimiento. ¿Habrá tal vez en el inventario de la casa alguna virgen alemana que..? *(Aparte.)* ¡Ah! ¡ah! (*Alto.*) Mi buen amigo, no te fies de las vírgenes alemanas. ¿Sabes lo que me sucedió anoche? Cuando me separé de tí, me fuí un momento al baile del Tívoli. Mucho me gustaba antes esta distracción: pero, sin duda, debo de haber envejecido mucho, porque á los cinco minutos estaba ya completamente aburrido. Iba á marcharme, cuando en aquel tumulto se me aparece una criatura joven y encantadora, sombreada por un ligero vello como el melocotón apenas maduro. Parecía no tener pareja. Hablo con ella, y, con el descaro más gracioso, me pide el dije que llevaba en la cadena: un amuleto de oro que representa á mi fetiche Ganesa, el dios del éxito, montado, como sabes, sobre una rata. Una rata olfateó á la otra. Y mientras paseaba y charlaba con ella, ¿sabes lo que descubro? Bajo el vello suave de la inocencia, un abismo de cándida depravación.

ROBERTO.—*(Inquieto.)* ¿Pero es posible?

TRAST.—Ya lo ves. Mi corazón se adapta fácil-

mente á las costumbres de cada país. Soy esclavo del medio por resolución de mi voluntad. En Oriente, tengo mi harem; en Italia, escalo los balcones á la luz de la luna; en Francia, pago cuentas de modistas; y en Alemania, ¡Dios mio! trato de salvar la virtud. Es muy lógico. En Oriente se ama con los sentidos; en Italia, con la imaginación; en Francia, con la bolsa; pero en Alemania se ama con la conciencia. Resolví, pues, hacer de aquella niña viciosa una Magdalena arrepentida. Pero, apenas había empezado mi santa obra—se acababa de destapar el champagne.—cuando un caballero, mitad diablo, mitad payaso, corre hacia mí y reclama su pareja. Me incliné ante su legítimo derecho, y me fuí á acostar lamentando no haber podido hacer una buena acción. Mucho daría por volver á encontrar aquella hermosa y desgraciada criatura. (*Roberto oculta la cara entre las manos gimiendo*) ¡Mil rayos! ¿Qué pasa?.. ¡Silencio!

ESCENA XI

Dichos, señora HEINECKE.

SRA. HEINECKE.—Robertito.

ROBERTO.—¿Qué quieres, madre?

SRA. HEINECKE.—¿Tendrías por casualidad un sacatapos? (*A Trast.*) Mi hija Alma va á tomarse la libertad de ofrecerle un botella de vino; no crea que es vino ordinario; es de lo mejorcito que hay.

ROBERTO.—También de la casa de enfrente, seguro.

SRA. HEINECKE.—(*Con orgullo.*) ¡Cabalito!

ROBERTO.—Tome usted. (*Tira sobre la mesa un cortaplumas.*)

SRA. HEINECKE.—¡Qué cosas tienes!
ROBERTO.—Sí, sí, tienes razón; perdóname.
(La señora Heinecke sale.)

ESCENA XII

TRAST, ROBERTO.

TRAST.—Vamos, amigo mío, no me ocultes nada. Ten confianza en mí.
ROBERTO.—¡Ah! ¿Por qué he vuelto?
TRAST.—Ahí, ahí te duele.
ROBERTO.—Me avergüenzo de mi condición... Entre los míos y yo hay un abismo... Cuando los tengo á mi lado siento escalofríos... he perdido ya la confianza en mi razón. Sospechas insensatas se levantan en mí á cada momento... Oye, Trast, me parece que ya no respeto á mi madre.
TRAST.—Estás loco rematado.
ROBERTO.—¡Si pudiera explicarte cuanto he sufrido! Cada palabra seria caía sobre mí como un puñetazo, cada broma como un bofetón. Parecía que gozaban haciéndome daño. Creí entrar en el hogar amado, y me encuentro en un mundo extraño en donde apenas me atrevo á respirar. Aconséjame. ¿Qué debo hacer?
TRAST.—La maleta.
ROBERTO.—¿Huir? Sería yo un cobarde sin corazón.
TRAST.—Dejémonos de dramas. Todo eso es muy sencillo; sobre todo, para los que como nosotros hemos estudiado las castas en su misma fuente. También aquí hay castas, pero no separadas por leyes suntuarias, prohibiciones de matrimonios y prácticas religiosas: eso serían pequeñeces insignificantes. Lo que las aisla de veras es el abismo del sentimiento. Cada casta tiene su

honor especial, su sensibilidad, su ideal y hasta su lenguaje propio. ¡Desgraciado del que se extravía fuera de su casta sin despojarse por completo de la suya! Tú eres uno de ellos, y yo también lo he sido. Sí, lo que tú sientes ahora lo he sentido yo hace ya muchos años. ¿Crees tú que estaría yo muy orgulloso cuando, al despertarme una mañana, me acordé que el alegre calavera, el oficialito de caballería, había perdido la noche antes, la bonita suma de doscientos mil marcos que debía pagar dentro de las veinticuatro horas sin tener ni un solo pfennig? ¿De qué me sirvió correr á mi casa y echarme á los pies de mi padre? Hubiera empeñado la piel para salvar el honor de mi nombre, de su nombre; pero ni siquiera eso tenía. Y no pudiendo darme otra cosa, arrojó sobre mi su maldición.

ROBERTO.—*(Pensativo)* ¿Y tienes el valor de vivir después de eso?

TRAST.—¡Ah! ¡ah! ¿Conque no sabes lo que pasó?

ROBERTO.—*(Distraído y preocupado.)* Ya no sé nada... nada.

TRAST.—Pues bien, escucha. Tal vez pueda serte útil. No tuve más remedio que dejar el servicio. Cuando mis compañeros se despidieron de mí, me dieron una última prueba de su cariño dejando á mi lado, sobre la mesa, sin decir una palabra, una pistola cargada. Estudié mi situación serenamente. Que me era imposible vivir una hora más en la deshonra, eso no ofrecía duda alguna. Pero, en el momento de apoyar el cañón en la sién, me asalta una idea. ¡Qué acción estúpida y brutal! ¿En qué vales hoy menos que hace tres días? Quizás has merecido que te azotaran por ha-

ber prometido como un imbécil sumas que no tenías; pero morir, no. Durante muchos miles de años los hombres se han regocijado viendo la luz del sol, sin que el fantasma del honor amargara su vida, y aún hoy casi toda la humanidad vive del mismo modo. Vive como ellos, trabaja como ellos y goza de la inefable luz del día. Cuando doce años más tarde, y después de haber pagado religiosamente mi deuda, volví á Europa, mi padre y yo nos reconciliamos, aunque solo en la apariencia. Si hubiera vuelto como un hijo pródigo, postrado en el umbral de la puerta, con sus manos temblorosas me hubiera sacado del lodo y estrechado contra su corazón. Pero, volvía libre y altivo, con la cabeza muy alta y podía ofrecerle medio millón cómodamente: y esto fué lo que no me perdonó jamás. Pocas semanas después, salía de nuevo para la India. Nada habia ya de común entre el noble arruinado y el rico negociante de café.

ROBERTO.—¿Y murió ya?

TRAST.—Que goce de eterna paz en el cielo en que creía. Pero, volvamos á tu asunto. Deja á los tuyos su manera de ver las cosas; es imposible cambiarlos. Dales cuanto necesiten, sé pródigo con ellos, pero ven conmigo.

ROBERTO.—No puedo. Escucha porqué. No te lo he dicho hace un momento porque... me daba vergüenza Tengo una hermana á quien idolatro. Era una niña cuando partí. ¡Qué inmensa alegría volverla á ver! Y no me engañaba: es mucho más linda, mucho más encantadora que lo que yo creía. Pero mi cariño se ha trocado en inquietud y en tormento. Tiembloante mil peligros que no

puedo precisar. Porque lo que hace, lo que permite que hagan con ella—inocentemente sin duda—subleva en mí el noble sentimiento del honor. Hace un momento, cuando me hablabas de una niña ya depravada, sentí escalofríos, porque... pero no, ¡mil veces no! Aquí está mi puesto; aquí me quedo para cumplir con mi deber.

TRAST.—Estoy conforme; tus razones son serias. Pero estás excitado, y estoy seguro de que todo lo ves demasiado negro.

ROBERTO.—¡Dios lo quiera! (*Oculta la cabeza entre las manos.*)

TRAST.—Créeme, un poco más de indiferencia ayuda á soportar mejor muchas cosas.

ESCENA XIII.

Dichos, ALMA que entra por la izquierda llevando una bandeja con una botella y dos vasos. El barón, al verla, se sobresalta Alma da un grito y casi deja caer la bandeja.

TRAST.—(*Se serena pronto y corre en su ayuda*) Con un poco más, señorita, tendríamos algo roto. (*Aparte.*) Sí, algo roto hay ya.

ROBERTO.—(*Abrazando á su hermana.*) Aquí está, querido amigo. ¿No es verdad que es un angel? Vamos, acércate á él, dale la patita y la bienvenida.

ALMA.—(*A media voz.*) ¡No diga usted nada!

TELON

ACTO SEGUNDO

Un salón de casa Muhlingk, amueblado con lujo, pero algo frio. En el fondo, una puerta con portiers que dá al comedor. A la izquierda, cerca de la chimenea, un sofá, una mesa oval y si lones.—A la derecha, una *chaise longue*, una mesa redonda y y un rocking-chair —En el comedor, una mesa ricamente servida con el desorden natural de una comida terminada.

ESCENA PRIMERA

Señor MUHLINGK, Señora MUHLINGK. CONRADO, á la izquierda; LENORA en el rocking-chair con un libro en la mano, á la derecha. Un criado sirve el café En el comedor sirve otro criado.

CONRADO.—Te vuelvo á decir que es un caballo impetuoso.

MUHLINGK.—Si, pero caro.

CONRADO.—¡Caro, santo Dios! Si.

SRA. MUHLINGK.—Yo te daré lo que falte para que cierres el trato.

CONRADO.—(*Besando la mano á su madre.*) ¡Bravo! mamá. Al fin podre presentarme a caballo ante los buenos berlineses. También tú, Lorí, tendrás ocasión de admirarme.

LENORA.—Si. querido. (*Sigue leyendo.*)

CONRADO.—Lotario Brandt y Hugo Stengel vendrán pronto para ver el caballo. ¿Te interesa esto, Lorí?

LENORA.—Que vengan si asi les place. Como

no tienen nada que hacer... (*Mira el reloj, aparte.*) ¡Dios mio, qué lentas pasan las horas! (*Vase el criado.*)

SRA. MUHLINGK.—Debías ser más amable con Lotario. Ya sabes que desea casarse contigo.

LENORA.—¿De veras?

SRA MUHLINGK.—¿Conque no has notado nada?

LENORA.—No me he fijado.

SRA. MUHLINGK.—(*A media voz.*) ¡Es intolerable!

MUHLINGK —Ya sabemos qué es eso. Pero te debo advertir que el orgullo de los ricos debe tener su límite.

LENORA.—(*Irguiéndose.*) ¡El orgullo de los ricos!

MUHLINGK.—¿Pues cómo se explica entonces el desvío con que tratas desde hace diez años á todos tus pretendientes por ricos y estimables que sean? Soy un hombre sencillo, un simple burgués. Mis principíos fueron muy modestos; pero, gracias á mi voluntad, he llegado á donde he llegado.

CONRADO.—(*Aparte.*) Y gracias á un buen partido.

MUHLINGK.—¿Decias, Conrado?

CONRADO.—Nada. Una exclamación.

MUHLINGK.—Pues sí. Mi vida ha sido un poco más dificil que la tuya, hijo mio. Buen ejemplo tienes. No me gusta echarlas de advenedizo ni que mis hijos incurran en semejante tontería. Un hombre do tacto no debe hacer otra cosa; es la única manera de vivir honrosa.

CONRADO.—(*Aparte*) Y barata.

LENORA.—No merezco esas censuras.

SRA. MUHLINGK.—Pues entonces ten la bondad de darnos una sola razón...

LENORA.—*(En tono de reproche.)* ¡Mamá!

SRA. MUHLINGK.—*(Nerviosa.)* ¡Oh! te lo suplico.

LENORA.—*(Levantándose.)* ¡Dios mío! ¿Por qué no han de dejarme disponer de mi vida como me plazca? No soy tan exigente. Sólo pido una cosa: que me dejen vivir á mi modo.

MUHLINGK.—Claro. Y á eso llamas tú no ser exigente. ¿De que servirían entonces los sagrados lazos de la familia?

SRA. MUHLINGK.—*(A su marido.)* ¡Ya lo ves! Mucho tiempo hace que me quita el sueño.

LENORA.—¿Yo, mamá?

SRA. MUHLINGK.—¡Siempre las mismas rarezas, siempre esa falta de tacto! ¿Quieres decirme á que viene devastar nuestros jardines sólo por... el capricho de mandar un ramo á un dependiente que regresa de viaje?

LENORA— ¿Te refieres á Roberto?

SRA. MUHLINGK.—Hablo del hijo de Heinecke.

LENORA.—Pues es algo más que un dependiente. Es casi uno de nuestra familia.

CONRADO.—¡Gracias!

SRA. MUHLINGK.—Como que lo sacamos del lodo.

ESCENA II

Dichos, WILHELM.

MUHLINGK.—¿Qué hay?

WILHELM.—El hijo de Heinecke me ha dicho desde el fondo del patio que á las dos tendrá la honra de presentarle sus respetos. *(Lenora hace un movimiento involuntario y mira el reloj.)*

MUHLINGK.—¿Ven ustedes eso? Como un gran personaje. Está bien.

WILHELM.—Me dijo, además, que le acompañaría un amigo: el barón de Trast, creo.

MUHLINGK.—(*Sobresaltado.*) ¡Cómo! ¡El barón de Trast! ¡Trast y C.ª! El Rey del café, Conrado. (*Hace seña al criado, el cual se retira.*)

CONRADO.—¡Pues no ha hecho poca fortuna ese dependiente!

MUHLINGK.—Es preciso convidar al barón, Amelia.

SRA. MUHLINGK.—Tienes razón. Mañana á almorzar.

LENORA.—¿Y á Roberto Heinecke, no?

CONRADO.—(*Aparte.*) Mejor que mejor.

MUHLINGK.—¿Eh? Despues de todo, tienes razón. Cuando es oportuno. conviene bajarse hasta esa gente á fin de que el agradecimiento los una más á nosotros. Eso produce, á veces, muchos miles, Conrado. Ese muchacho se ha hecho un hombre bajo la dirección de Benno, y como pienso mandarlo otra vez, por diez años, á las Antillas...

LENORA.—No lo tenía yo entendido así, papá.

MUHLINGK.—Poco importa.

CONRADO.—(*Levantándose*). Una pregunta: ¿Contarían ustedes con que yo invitara también á mis amigos?

MUHLINGK.—Es claro Tus amigos también.

CONRADO.—Pues permítanme que yo no acepte. De ninguna manera sufriré que jóvenes de tan buenas familias alternen con el hijo de... (*Con el gesto señala el patio.*) Heinecke.

LENORA.—(*A media voz*). Mejor harías en decir el hermano de la señorita Heinecke.

CONRADO.—(*Asustado*). ¿Qué quieres decir con eso?

LENORA.—Tú lo sabes mejor que yo.

CONRADO.—Habla.

LENORA.—¿Lo quieres así?

MUHLINGK.—Vamos, niños, dejémonos de disputas.

SRA. MUHLINGK.—*(Bajo á su marido).* No hemos oido nada. *(Alto).* Voy á descansar un poco. ¿Te quedas? *(Muhlingk la besa ceremoniosamente en la frente).*

CONRADO.—*(Aparte).* ¡Qué tiempos aquellos! *(Alto).* Hasta luego. *(La señora Muhlingk se dirige al fondo. Muhlingk llama).*

LENORA.—*(Corriendo hacia su madre).* ¡Mamá!

SRA. MUHLINGK.—*(Volviéndose, con amabilidad, pero nerviosa).* Está bien, Déjame. (*Vase. Wilhelm entra*)

MUHLINGK.—Conduzca usted las visitas á mi despacho. (*Vase, y el criado también*)

ESCENA III

CONRADO, LENORA. El primero trata de salir.

LENORA.—Ven, tenemos que hablar.

CONRADO.—¿Nosotros, he? No.

LENORA.—¡Conque no deseas que me explique!

CONRADO.—Me parece que te disgusta que quiera yo vivir ya por mi cuenta. Te crees que por que tengas tú cuatro años más que yo y me hayas limpiado la baba cuando niño, he de pedirte siempre permiso para todo. Pues te equivocas. Ya puedo andar solito, y, según algunas mujeres, parece que voy demasiado á prisa. Déjame, pues, vivir á mi modo.

LENORA.—Creo no haberte hecho jamás observación alguna. Juega al calavera tanto como gustes; pero ten el valor de confesarlo.

CONRADO.—Gracias, podría costarme algo.

LENORA.—Delante de tus padres eres manso y

sumiso, pero detrás te burlas de ellos Créeme, Conrado, te envileces.

CONRADO.—(*Divertido*). ¡Bah!

LENORA.—Por favor, Conrado, respeta nuestro abolengo.

CONRADO.—¿A mí con esas?

LENORA.—¿Sabes lo que se murmura en los patios y en los talleres? Que persigues á la hermana de Roberto Heinecke, que la...

CONRADO.—(*Alzando los hombros*). ¡Si te gustan los chismes de esa gente!

LENORA.—No lo tomes á broma. Hace un momento te he hablado con toda clase de consideraciones delante de nuestros padres. Otra vez no haré lo mismo. Y ante todo, una cosa: Roberto está aquí, y si llegara á saber que su hermana es culpable... No digas nada, yo no lo creo... no me atrevo á creerlo; pero, ya sabes lo vanidosa y ligera que es esa niña... Si fuera culpable, repito, y tú la causa de su falta, entonces mucho cuidado, hermano... ¡te aplastaría!

CONRADO —¿Quién? ¿Mi dependiente? ¿Con su caja de muestras?

LENORA.—¡Oh! ¿No te avergüenzas de robar á ese dependiente?

CONRADO.—¿Qué quiere decir todo eso? ¿Robarle? ¿Robarle qué?

LENORA.—Su posición, su honor.

CONRADO. — ¿El honor de Heinecke? ¡Bah! (*Wilhelm entra y entrega á Lenora dos tarjetas*).

LENORA.—Visitas tuyas.

CONRADO.—¿Quién?

LENORA.—Lee.

CONRADO.—Lotario Brand. Hugo Stengel... ¡Ah! que entren. (*Pone las tarjetas sobre la mesita de la derecha. Vase el criado. Lenora se echa en el rocking-chair.*)

CONRADO.—¡Oh, prodigio! ¡Oh milagro! ¿No te marchas hoy?

ESCENA IV

Dichos, LOTARIO BRANDT y HUGO STENGEL.

LOTARIO.—Buenas tardes, chico.

CONRADO.—*(Dirigiéndose á su encuentro.)* ¿Vienen á ver el caballo? Muy amables.

HUGO.—*(Inclinándose delante de Lenora.)* Nos hemos tomado la libertad...

LOTARIO.—*(Lo mismo.)* Si molestamos...

LENORA.—*(Con amabilidad.)* De ningún modo; muy rara vez visito las cuadras. *(Los dos tosen.)*

CONRADO.—¿No se sientan ustedes?

LOTARIO.—Si la señorita nos da su permiso...

LENORA.—*(Con frialdad.)* Con mucho gusto. *(Toma un libro y lo hojea. Conrado le dirige una mirada de desagrado.)*

CONRADO —¿Donde estuvieron ustedes ayer?

LOTARIO.—*(Con afectación.)* ¿Ayer? ¿Pero tú sabes qué memoria es la mía? ¿Qué hice yo ayer? Veamos. ¡Ah! sí; primero estuve en el Tattersall; luego tuve una conferencia con mi padre. Siguen bajando los cafés.

HUGO. — ¡Y de qué modo! Cincuentitrés y medio.

LOTARIO.—No hay que apurarse. Lucharemos. Luego, hice algunas visitas y comí en el Círculo militar.

LENORA.—*(Alzando los ojos.)* ¡Ah! es usted militar!

LOTARIO.—*(Ofendido.)* Creía que usted lo sabía, señorita Soy teniente de coraceros de la reserva, del regimiento del Príncipe heredero.

LENORA.—(*Sonriendo y mirando á la mesa.*) ¡Ah! sí. Ahí están las tarjetas.

CONRADO.—(*Tocándole en el hombro.*) Y al mismo tiempo montado á caballo en tu taburete, delante del escritorio de papá.

LOTARIO.—(*Secamente.*) Si ese es tu gusto, querido.

LENORA.—Señor subteniente, esa montura no es de las peores para correr tras la dicha.

HUGO.—¡Ah, delicioso, delicioso!

CONRADO.—Ayer noche les estuve buscando.

LOTARIO.—¿Por la noche? ¡Ah! debía de estar invitado. ¿Dónde, dónde? No me acuerdo á punto fijo. Dejémoslo. ¿Sonríe usted señorita?

LENORA.—No me hubiera atrevido.

LOTARIO.—Como vive usted tan apartada, no comprende todo el valor de esta palabra: «La temporada».

HUGO.—Dos meses hace ya que no he dormido, lo que se llama dormir.

CONRADO.—Y aun la última vez fué sobre una mesa de billar.

LOTARIO.—Nuestro excelente amigo dice eso en broma. Si usted supiera, señorita, lo que es ser mártir del placer, seguro que nos comprendería.

LENORA.—Tan bien los comprendo que ya he empezado á compadecerlos.

HUGO.—(*Bajo á Lotario.*) Parece que se ríe de nosotros.

LOTARIO.—(*Bajo, con fatuidad.*) Hay muchas clases de coquetería, y cada cual emplea la que puede.

CONRADO.—(*Se ha acercado á Lenora, bajo.*) Podías ahorrarte el trabajo de ser tan desagradable.

LENORA.—(*Meciéndose.*) ¿Eh? (*Sigue leyendo.*)

LOTARIO.—¿Sería indiscreción preguntarle, se-

ñorita, si se puede saber qué es lo que tan poderosamente llama su atención?

CONRADO.—*(Aparte)* ¿Pero por qué no la deja tranquila?

LENORA.—¡Oh! nada que pueda interesar á los mártires del placer; se trata sólo de las víctimas... del trabajo.

LOTARIO.—¿De veras?

HUGO.—*(Levantándose bruscamente.)* ¿Pero vemos ó no ese caballo?

LOTARIO.—Ya se ve que sí. Vayan delante. Las víctimas del trabajo me interesan algo más de lo que usted piensa.

CONRADO.—*(Aparte.)* ¡Degraciado!

HUGO.—Señorita...

CONRADO.—*(Empujándolo hacia fuera)* Vamos, chico, vamos. *(Vanse.)*

ESCENA V

LOTARIO, LENORA.

LENORA.—*(Mira el reloj con impaciencia.)* ¿En qué puedo servirle, caballero?

LOTARIO.—Veo con sentimiento que no me conoce usted, pues por poco que yo valga...

LENORA.—¿Y para decirme eso. ?

LOTARIO.—Un momento no más, se lo suplico.

LENORA.—*(Aparte.)* Una declaración.

LOTARIO.—Mis defectos pueden ser muchos, señorita, pero soy un hombre de honor.

LENORA.—Tratándose de un hijo de buena familia nada tiene eso de particular. Tan poco mérito tiene como vestir debidamente.

LOTARIO.—Es que hace usted tan poco caso...

LENORA.—Dispense. Puedo asegurarle que hago mucho caso hasta de los que no visten con esa corrección, sólo que se les prohibe la entrada en nuestros salones. Pero per-

done la interrupción. Continúe. Tal vez no le conozco á usted bien.

LOTARIO.—Confieso que me ha intimidado usted, y no es cosa baladí, porque ¿qué sería de nosotros sin el valor?

LENORA.—¡Ah! ya me gusta eso. Estimo mucho el valor. Pero dígame, ¿en qué ha empleado el suyo hasta aquí?

LOTARIO.—Puede usted preguntar á mis amigos. Discutirlo sería negarlo.

LENORA.—Eso quiere decir que se ha batido usted.

LOTARIO.—No es delicado hablar de tales asuntos delante de las mujeres.

LENORA.—Y, sin embargo, nos enteramos. Nosotras ofrecemos la corona de laurel al vencedor. Pero, una pregunta: ¿Ha roto usted alguna vez alguna lanza por una opinión contraria al parecer general, pero que, en el fondo de su alma, mereciera su absoluta aprobación?

LOTARIO.—(*Indignado.*) ¿Qué es lo que dice usted..? Jamás me ha ocurrido semejante idea.

LENORA.—¿O ha soportado usted sospechas indignas sin decir nada?

LOTARIO.—¿Yo? ¿Sin decir nada?.. Muy al contrario.

LENORA.—¿Nunca?

LOTARIO.—Jamás.

LENORA.—Pues entonces nada cierto se puede decir sobre su valor de usted, caballero... ¿debo añadir subteniente? Póngalo usted a prueba y después hablaremos. (*Se levanta.*)

LOTARIO.—(*Queriendola detener.*) Señorita...

ESCENA VI.

Dichos, TRAST, ROBERTO, WILHELM.

WILHELM.—(*En el umbral de la puerta*). Tengan los señores la bondad de entrar.

LENORA. — ¡Ah, al fin! (*Corre con los brazos extendidos hacia Roberto*).

TRAST.—(*Aparte*). ¡Esas tenemos! (*Al criado que va á salir por la puerta del fondo, á la derecha.*) Permítame usted. (*Le toma de las manos una de las dos tarjetas y se la pone en el bolsillo*).

LOTARIO. — (*Observando á Roberto y Lenora*). ¿Qué significa esto?

TRAST.—(*A Wilhelm*). Basta mi tarjeta. Está bien. (*Vase el criado*).

ROBERTO.— Lenora, tengo el gusto de presentarle el barón de Trast, mi bienhechor y mi mejor amigo.

LENORA.—(*Acordándose de Lotario*). Permítanme que les presente D. Lotario Brandt, el barón de Trast, D. Roberto Heinecke, mi amigo de la infancia. (*Saludos*)

LOTARIO.—(*Aparte*). ¿Y se atreve á presentarme al hermano de Alma? ¡Qué amable! (*Alto*). Me dispensarán ustedes; pero mis amigos... (*Termina balbuceando*).

TRAST.—¿Le esperan á usted?

LOTARIO.—(*Irguiéndose le mide con la mirada*). Me esperan. (*Alejándose*). ¿Quién será ese barón? (*Al llegar á la puerta se vuelve y saluda de nuevo en actitud militar*).

ESCENA VII.

LENORA, ROBERTO, TRAST.

LENORA. — (*Ofreciendo sillas*). ¿Hace mucho tiempo que falta usted de aquí, caballero?

TRAST.—Veinticinco años hace que vivo en los trópicos.

LENORA.—¿Por gusto?

TRAST.—De todo hay. Soy, además, negociante en café, especias y dientes de elefante; y cuando llega la ocasión, los cazo si puedo.

LENORA.—(*Riendo*). ¿Y con qué nombre podré darle la bienvenida; ya que es usted universal?

TRAST.—Elija usted.

WILHELM.—(*Volviendo*). El señor Muhlingk ruega á los señores que tengan la bondad de pasar. (*Todos se levantan*).

ROBERTO.—Voy, pues, á...

TRAST.—A quedarte aquí. Por lo pronto, tengo que hablar á solas á tu principal. (*Bajo*). No quiero réplicas. ¿Cómo no me has dicho nada? (*Alto*). Durante diez años, señorita, no ha hecho más que contarme alabanzas de usted, en todos los tonos. ¿No le parece justo que ahora la condene yo á usted á escuchar algunas palabras lisonjeras para mí, aunque no sea más que durante diez minutos?

ESCENA VIII.

LENORA, ROBERTO.

LENORA. — (*Tomando las manos á Roberto*). Al fin, lo vuelvo á ver á usted, Roberto.

ROBERTO.—Le agradezco esas palabras, de todo corazón.

LENORA.—¡Qué solemnidad! Mis palabras no son limosnas. Venga usted, amigo mío. (*Lo conduce á la chimenea*). Siéntase usted aquí, al calorcito, frente á mí. Se helará usted en esta Alemania glacial. Espere usted; avivaremos el fuego. (*Coge el fuelle*). Ahora tenemos chimeneas...; no es muy práctico,

pero se habla tan bien junto al fuego... En las Indias no necesitarán ustedes chimeneas, ¿no es verdad? *(Aparte.)* ¡Qué feliz soy! (*Alto.*) Estoy muy contenta, Roberto. Ya lo ha oido usted. Conque fuera cumplidos y hábleme con toda franqueza.

ROBERTO.—¡Por Dios, Lenora, no me haga usted daño!

LENORA.—¡Dios me libre!

ROBERTO.—Me lo hará usted si sigue de ese modo evocando ante mis ojos la sombra de la dicha para siempre enterrada ya.

LENORA.—¡Ah! ¿no es usted ya el mismo?

ROBERTO.—El mismo soy, pongo á Dios por testigo. Pero ¿de qué nos servirá? Hay muchos abismos entre nosotros.

LENORA.—(*Abatida.*) ¿Cómo...?

ROBERTO.—Compréndame usted bien, Lenora, porque yo no me atrevo á abrirle mi corazón. ¿Recuerda usted lo que murmuró en mi oido en el momento de partir?

LENORA.—Diga, diga.

ROBERTO.—«Séme siempre fiel» me dijo.

LENORA.—¿Fué así? Nos habían prohibido tutearnos.

ROBERTO.—Son palabras que no se olvidan nunca.

LENORA.—¿Y por qué no lo hacemos ahora?

ROBERTO.—No se burle usted de mí.

LENORA.—Tiene usted razón, amigo mio. No está bién. Parecería coquetería lo que en realidad es inmensa dicha de volverlo á ver. Pero muy duro ha sido usted conmigo al decirme que han muerto ya para siempre nuestros dorados sueños de niño.

ROBERTO.—Asi lo quiere la suerte. En un arranque de generosidad, su padre de usted me sacó de la bajeza de mi condición. Lo que siento y lo que pienso, todo se lo debo

á él. Pero, al mismo tiempo, tengo que renunciar á mi propia voluntad. Soy un vasallo de esta casa. No tengo derecho alguno á acercarme á la hija de mi señor feudal bajo ningún concepto.

LENORA.—Su mismo orgullo lo desmiente.

ROBERTO.—Tal vez sea mi orgullo el que me esclaviza de este modo.

LENORA.—¿Y no sería usted capaz de hacer por mí un sacrificio?

ROBERTO.—No me atormente usted. ¡Si no fuera más que eso! Sólo aqui, sentado frente á usted, encuentro algo que se asemeje al hogar. Pero sería un miserable egoista si me dejara arrastrar por este dulce sentimiento. Allá detrás, en el fondo del patio, tengo una familia: padre, madre y hermanos. Y esta familia... ¡Ah! Lenora, su bondad no puede figurarse lo que pasa allí.

LENORA.—Amigo mío, no hay necesidad de ir á las Indias para llegar á ser extraño á los suyos.

ROBERTO.—¿También usted?

LENORA.—Vale más no hablar de eso. Delante de usted experimento verdadera vergüenza. Me subleva á mí más que á usted. He perdido por completo el sentimiento del deber. Con cólera reconcentrada, casi con orgullo, me siento separada de los míos y de todo cuanto les rodea. Y, sin embargo, fuera de esto, no soy lo que se llama orgugullosa. ¿Puede usted decirme qué es lo que me hace ser así?

ROBERTO.—¡Tenga usted cuidado! (*Entran por el fondo, á la derecha, Muhlingk y Trast.*)

ESCENA IX

Dichos, MUHLINGK, y TRAST.

MUHLINGK —(*Despidiéndose de Trast*). Conque hasta mañana á las doce, caballero. ¡Ah! aquí tenemos á nuestro joven Buenos días, buenos días. (*Le tiende la mano*). ¿Viene usted á arreglar esas cuentas?

ROBERTO.—Venía solamente á presentarle mis respetos. Aun no las tengo del todo arregladas.

MUHLINGK.—Bien, bien; no corre prisa. ¿Y que haces tú por aquí, Lenora?

LENORA.—He venido á saludar á Roberto.

MUHLINGK.—¿Eh? ¿Pero no sabes que tu madre te ha llamado? Venga usted joven, pensamos en usted; crea que pensamos... Querido barón, ya sabe usted que no hay secretos entre nosotros.

TRAST.—Cuando usted esté solo con él podrá apreciar cuanto vale. Aquí te espero.

LENORA.—Hasta la vista, Roberto. (*Le da la mano*).

MUHLINGK.—(*Descontento*). ¡Hum! (*Muhlingk y Roberto salen*).

ESCENA X

LENORA, TRAST.

LENORA.—Ya lo ha oido usted, caballero; es preciso que le deje.

TRAST.—¡Señorita! (*Lenora se dirige hacia la puerta; la mira; cuando se vuelve por última vez la amenaza con el dedo riendo*).

LENORA.—(*Sorprendida*). ¿Qué significa eso, caballero?

TRAST.—Esto significa... (*Hace que aplaude*).

LENORA,—Tampoco entiendo eso.

TRAST.—Significa... (*Coloca las manos en porta voz*). ¡Bravo!

LENORA.—(*Con severidad*). No le comprendo á usted. ¡Ah! (*Se hecha á reir, vuelve con resolución hacia él y le tiende la mano*). Pues bien, sí, le comprendo á usted.

TRAST.—(*Tomándole las dos manos*). Muy bien.

LENORA.—(*Haciéndose la ceremoniosa*). ¡Caballero!

TRAST.—¡Señorita! (*Vase Lenora*). ¡Qué joven tan encantadora!

ESCENA XI

CONRADO, LOTARIO, HUGO, TRAST; hacia el fondo, á la izquierda.

CONRADO.—(*Á Hugo*). Vamos, Stengel, adelante.

TRAST.—(*Reconociendo á Conrado*). ¡Como! ¿El aquí?

CONRADO.—(*Al reconocerlo tiembla, se adelanta, bajando la voz*). ¿Me busca usted, caballero?

TRAST.—No; pero me felicito de encontrarle.

CONRADO.—¿A quien tengo el honor de...?

TRAST.—Al barón de Trast.

CONRADO.—(*Impresionado, con galantería*): ¡Ah! Parece que debemos su visita á nuestro... dependiente. Sin duda se han conocido ustedes en el viaje.

TRAST.—¿Conque es usted el hijo del señor Muhlingk?

CONRADO.—Para servir á usted. ¿Supongo que el pequeño incidente de anoche será cosa ya olvidada?

TRAST.—Puede usted estar seguro.

CONRADO.—La chica es adorable. Yo lo puedo decir. Tiene usted un gusto delicado, caballero; pero ya comprenderá usted que

mi derecho es legítimo. Creo que no seremos rivales.

TRAST.—¡Imposible! El hermano de esa joven es mi mejor amigo.

CONRADO.—*(Al principio asustado, se serena; después de un silencio).* ¿Y qué piensa usted hacer?

TRAST.—Aun no puedo decirlo. Si consigo que se decida á romper las obligaciones que cree tener con su familia de usted, y si le veo á usted dispuesto á romper en el acto ciertas relaciones, tal vez me decidiría á callar.

CONRADO.—¿De lo contrario?

TRAST.—De lo contrario, al señor Heinecke le correspondería obrar.

CONRADO.—¿Y piensa usted que yo me batiría con uno de mis empleados?

TRAST.—¿Con.. ? ¿Cómo?... ¡Ah! sí.

CONRADO.—Haga usted lo que guste, caballero.

TRAST.—Esa es mi costumbre. El señor Heinecke está en este momento con su padre de usted... Me va usted á permitir que permanezca aquí unos minutos más, á fin de abreviar en lo posible una entrevista entre ustedes dos. Quisiera evitar que se dieran ustedes la mano.

CONRADO.—Está usted en su casa, caballero.

TRAST.—Muchas gracias. (*Se separan. Trast examina los cuadros de las paredes. Conrado, muy agitado, se dirige hacia el fondo*).

LOTARIO.—(*Á Hugo*). ¿Qué tendría que hablar con ese personaje? Si mi memoria no me es infiel, me parece que hubo en mi regimiento un barón de Trast muy... depravado. Aguarda un poco.

HUGO —(*Inquieto*). ¿Vas á trabar amistad con ese caballero?

LOTARIO.— ¿Por qué no? Me preocupa ese individuo. (*Acercándose*). ¿Le gusta á usted la soledad?

TRAST.—(*Volviéndose*). Mucho.

LOTARIO.—No es muy galante eso.

TRAST.—(*Lanzándole una mirada*). Parece usted muy quisquilloso en materias de honor... Perdone usted.

LOTARIO.—Me llamo Lotario Brandt, y debo añadir que soy subteniente en la reserva de coraceros del príncipe imperial.

TRAST.—(*Con mucha amabilidad*). ¿Nada más que eso?

LOTARIO.—(*Amenazador*). Nada más.

TRAST.—Creía que sólo en tiempo de guerra se servía en la reserva, y me parece que ahora estamos en tiempo de paz.

LOTARIO —Se engaña usted, caballero. También hay maniobras.

TRAST.—(*Hace como quien maneja una espada*). ¿Cuenta usted conmigo para alguna... maniobra?

LOTARIO.—Permítame antes una pregunta.

TRAST.—Con mucho gusto.

LOTARIO.—En el regimiento que tengo la alta honra de servir, hubo, hace ya muchos años, un oficial joven que llevaba su nombre de usted.

TRAST.—¿De veras? Pues bien podría ser yo mismo.

LOTARIO.—(*Secamente*). Se le expulsó ignominiosamente del ejército.

TRAST.—Muy bien, perfectamente. (*Siempre muy amable*). Si con eso quiere usted darme á entender que no le conviene saludarme por la calle, ya queda usted dispensado del saludo. Crea que puedo pasarme sin él. (*Se inclina y pasa*).

HUGO.—(*Entusiasmado*). ¡Qué magnífica opor-

tunidad. (*Se acerca á Trast se inclina profundamente*). Permítame usted. Me llamo Stengel

TRAST.—(*Volviéndose*). ¿Cómo?

HUGO.—Stengel. (*Trast se inclina cortesmente. Hablan*).

CONRADO.—(*Que ha vuelto á la escena, bajo á Lotario*). ¡Desgraciado! ¿qué has hecho?... Es el poderoso barón de Trast, de la casa Trast y C.ª ¿Quières arruinar á mi padre?

LOTARIO —(*Impresionado*). ¿Por qué no lo has dicho antes?

CONRADO.—Es preciso que esto quede arreglado ahora mismo.

LOTARIO —Si encuentras un medio correcto...

CONRADO.—(*A Trast*). Perdone usted, caballero,.. mi amigo siente en el alma ..

LOTARIO.—(*Muy alto*). Sentir no es la verdadera palabra querido Conrado.

CONRADO.—(*Balbuceando*). En fin, desea. .

TRAST.—¿Su amigo desea que este incidente se dé por no ocurrido?

LOTARIO.—Hasta ahí bien, Conrado.

TRAST.— Procuraré estar á la altura de su generosidad... Mi deseo es el mismo.

CONRADO.—Pues no ha pasado nada.

LOTARIO.—(*Estrechando la mano á Trast*). Permítame que le manifieste cuan grato me es estrechar la amistad con un hombre cuyas acciones admiro desde hace muchos años.

TRAST.—(*Muy galante*). Ya ve usted, señor subteniente, como no estaba demás preguntarle si no era usted «nada más que eso». Desde el punto de visto burgés somos iguales. El señor Brandt, hijo, heredero de la honradada casa de géneros coloniales, Brandt y Stengel, con la cual tengo el gusto de estar en relaciones, acaba de darme todo un curso sobre el tema del *Honor*.

Permítanme que diga yo algo á mi vez sobre este grave asunto. (*Se sientan á la derecha*). Sea dicho entre nosotros: el honor no existe (*Movimiento de estupor*). No se asusten ustedes.

LOTARIO.—¿Pero, y lo que nosotros llamamos honor?

TRAST —Lo que nosotros llamamos honor no es más que la sombra que proyectamos cuando nos ilumina el sol de la estimación pública. Pero, y esto es lo más grave, hay tantas clases de honor como clases y grados hay en la sociedad.

LOTARIO.—(*Secamente*). Se equivoca usted caballero. No hay más que un honor, como no hay más que un sol, como no hay más que un Dios. Quien no sienta esto así no puede ser hidalgo.

TRAST.—¡Bah! Permítanme que les cuente una historieta. En uno ds mis viajes por el centro de Asia, llegué cierto día, medio muerto de fatiga y cubierto de polvo, á la morada de un gran jefe Tibetano. Me recibió con grandes ceremonias en la inmensa sala de un palacio maravilloso. Estaba sentado en un trono al lado de su mujer, encantadora criatura. Tomó la palabra y me dijo afectuosamente: «Bienvenido seas á mi casa extranjero. Aquí estás en la tuya. Mí mujer queda encargada de cumplir con los deberes de la hospitalidad.» No tengo para que decirles las atenciones de que fuí objeto; pero he de confesar que nunca como entonces tuve que acudir á todo el poderío de mi voluntad. Cuando volví á la sala, ¿qué es lo que veo? Todo el mundo con las armas en la mano, voces amenazadoras, sables medio desnudos: «Debes morir, exclamó el jefe. Has ofendido mortalmente el

honor de mi casa rechazando con desprecio el presente más rico que reservé para tí». Como ven ustedes, no me mataron, porque al fin comprendieron que un bárbaro europeo desconocía sus leyes sobre el honor. (*Sonrisas.*) Si tropiezan ustedes con alguno de nuestros narradores de adulterios, salúdenle de mi parte, y que estudie este caso. (*Se dirigen todos riendo hacia la izquierda.*) No quisiera que me creyesen ustedes frívolo. Es cosa excelente en sí misma estudiar el problema de las costumbres... Pero, ya ven ustedes, es una de las leyes esenciales del llamado honor ser sólo patrimonio de un corto número, de muy pocos elegidos. Es un sentimiento de lujo que va perdiendo valor á medida que el vulgo se lo apropia.

CONRADO.—Eso es una paradoja. Todos tienen derecho á ser hombres de honor.

TRAST.—Se engaña usted. Y si no, el primer pobre diablo podría venir del fondo del patio y vanagloriarse de ser un gentleman. (*Conrado queda sin palabra.*)

LOTARIO.—Si se conduce conforme á las leyes del honor es un gentleman.

TRAST.—¡Bah! Escuchen: En una de esas pequeñas repúblicas de la América del Sur, la aristocracia se compone de españoles, y la masa, de negros, indios y gentusa blanca de todas clases. Un retoño de esta raza impura, que se llamaba .. llamaba... Pepe, pudo volver á la madre patria, y allí, bajo la influencia del honor castellano, se limpió... (*Sopla sobre el codo izquierdo.*) un poco.

ESCENA XII

Dichos, ROBERTO. Al salir del despacho de Muhlingk entra sin ser notado, y escucha.

TRAST.—(*Continuando.*) Cuando, al cabo de muchos años, volvió al seno de su familia, se encuentra con que su hermana, casi una niña, tenía relaciones demasiado íntimas con un joven de la nobleza. No nos indignemos, señores. El origen de la muchacha la condenaba á esa triste suerte. Pero el señor hermano se quita de cuentas, y pide explicaciones al seductor, como si hubiera nacido hidalgo y no mestizo.

CONRADO.—(*Bajo.*) Esto va para mí.

TRAST.—Ya lo ven ustedes, una locura. Y ya en este camino, se reveló de pronto la verdadera naturaleza de este muchacho. Como un bandido, sorprende al noble y lo mata de un pistoletazo. Lo condenan ¿y creerán ustedes que hasta en el mismo patíbulo, ese patán... digo Pepe... sostuvo que moría por su honor? No puede ser más ridículo.

ROBERTO.—(*Adelantándose.*) Te engañas, amigo mío, ese patán estaba en su derecho. Yo hubiera hecho lo mismo.

TRAST.—¡Ah! ¿eres tú? (*Se acerca á él rápidamente, bajo.*) Aquí no conoces á nadie, ¿entiendes? No te vuelvas y sígueme. (*Lo empuja hacia la puerta.*)

ROBERTO.—(*Bajo.*) ¿No es ese Conrado?

TRAST.—(*Lo mismo.*) Son extranjeros. Ven. (*Alto.*) Tengan lo bondad de dispensarnos. Tenemos prisa.

LOTARIO. — (*A Conrado*). ¡Ah! Comprendo. (*Alto*). Una sola pregunta, caballero. (*Con tono firme*). Si usted no admite aquí abajo el honor ¿con qué le vamos á reemplazar?

TRAST.—*(Volviéndose).* Con el deber, joven. *(Con tono ligero).* Bien es verdad que es un poco molesto.

ROBERTO.—Dispense. ¿Es usted don Conrado Muhlingk?

CONRADO.—Ese es mi nombre.

ROBERTO.—*(Estupefacto).* ¿Cómo?... Y... sí, olvidaba. ¿No me conoce usted? *(Se dirige hacia él, con la mano tendida).*

TRAST.—*(Interponiéndose).* No, no darás la mano á este caballero.

ROBERTO.—*(Cortado, mira á su alrededor. Mira á Conrado, luego á Trast, luego á Conrado. Da un grito, dominándose pronto).* Deseo hablarle á usted á solas, señor Muhlingk.

CONRADO.—Ya lo ve usted, estoy con amigos; pero dentro de una hora estaré á su disposición.

ROBERTO.—Pues hasta luego, señor Muhlingk. *(Trast se lleva á Roberto hacia la puerta).*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. Una lámpara encendida sobre la mesa. La primera claridad del día penetra por la ventana.

ESCENA PRIMERA

ROBERTO, sentado delante de la mesa con la cabeza entre las manos, y la Sra. HEINECKE con gorro de dormir y falda de lana.

SRA. HEINECKE.—Buenos días, hijo. *(No responde)*. ¡Santo Dios, no se ha acostado! *(Se acerca á el enjugándose los ojos)*.

ROBERTO.—*(Con sobresalto)*. ¿Quién es? ¿Qué quieres?

SRA. HEINECKE. — ¡Jesús, cómo me acoges! ¡Tiritas de frio! ¿Quieres café? *(Dice resueltamente que no)*. Robertito, escucha un buen consejo de tu pobre madre: Aunque se esté triste se debe dormir; eso da fuerza... *(Apaga la lámpara)*.

ROBERTO.—¿Qué has hecho, madre?

SRA. HEINECKE.—No es culpa nuestra, hijo mío.

ROBERTO.—¿No es culpa vuestra?

SRA. HEINECKE.—Yo la he educado honradamente. Nunca se le ha dado aquí un mal ejemplo. La mandamos á la escuela, y hasta la hemos hecho confirmar, aunque no

es obligatorio. Fué á la iglesia con un traje negro de orleans, completamente nuevo—una ganga, no me costó caro—y le dí para que llevara en la mano el pañuelo de mi casamiento; y el señor predicador dijo unas cosas tan conmovedoras, tan conmovedoras...

ROBERTO.—¿Pero cómo has podido tolerar sus relaciones con ese... hombre?

SRA. HEINECKE.—¡Tal vez no era cosa tan grave!

ROBERTO.—¿Qué pruebas te han de dar entonces? ¿No me lo ha confesado él con la más cínica franqueza? ¿Lo ha intentado negar siquiera Alma? Para colmo, fuí ayer noche á casa de Michalski. ¡Ah, qué bien organizado está todo allí! Tu querida hija Augusta les había preparado un nido delicioso y... muy discreto: alfombras, cortinas y lámparas veladas de rosa. Ella misma vigilaba á la puerta, y por esto le pagaban... ¡ah! ¡ah! ¡Y pensar que tuve ayer entre mis manos á ese miserable! ¡Si al menos hubiera tenido valor!

SRA. HEINECKE.—¡Pero Roberto!

ROBERTO.—Tranquilízate: me ha prometido una satisfacción. Al menos he conseguido esto. Cuando vió que estaba decidido á todo, me ha jurado que dentro de muy poco, esta misma noche, daría la debida reparación. Seguramente os dejará satisfechos. Pensé en el porvenir de la desgraciada niña y dejé marchar á Conrado.

SRA. HEINECKE.—En fin, puedes creer que jamás se me ocurrió que había mal en todo eso.

ROBERTO.—Pues debías haberlo sospechado. ¿No pensabas nada cuando la traía aquí tan tarde por la noche?

SRA. HEINECKE.—Cuando una duerme es muy sabroso no pensar en nada. Además, ella tenía llave.

ROBERTO.—Pero no debías ignorar que para venir de brazo con él, la debía haber encontrado en alguna parte.

SRA. HEINECKE.—Claro que sí. Yo pensaba: la acompaña.

ROBERTO.—No te comprendo.

SRA HEINECKE.—Quiero decir que iba con él.

ROBERTO —Ya lo has dicho, pero...

SRA. HEINECKE.—Como va una joven con un joven.

ROBERTO.—¿Y á donde va?

SRA. HEINECKE.—Al concierto, ó á la cervecería cuando hay dinero... y al teatro, ó al campo en verano.

ROBERTO.—¿Sola?

SRA. HEINECKE.—Sola no, con ese joven.

ROBERTO.—Quiero decir, sin sus padres.

SRA. HEINECKE. — Naturalmente. ¿Pretendías que tu viejecita, con sus piernas temblonas, fuera á correr detrás de esos muchachos..?

ROBERTO.—Luego sabías que iba con él.

SRA. HEINECKE.—Una suposición nada más.

ROBERTO.—¿Y qué decía cuando le preguntabas?

SRA. HEINECKE.—¡Preguntarle! Palabras inútiles. Las jóvenes deben saber por sí mismas lo que deben hacer.

ROBERTO —Sí, sí.

SRA. HEINECKE.—Pero, que haya... ¡Oh! ¿quién hubiera creido eso? ¡Jesús, cómo tiemblas! Voy á traer fuego en seguida. *(Se dirige á la estufa hacia el fondo).*

ROBERTO.—(*Aparte*). No hay salida, no hay salvación. ¡La vergüenza toda la vida, y nada más que la vergüenza.

SRA. HEINECKE.—*(Llamando en la cocina).* Eh,

tú, trae un poco de carbón. (*Se arrodilla frente á la estufa y quita la ceniza.*)

ROBERTO.—¿Qué clase de reparación piensa darnos? Un matrimonio. ¡Ah! ¡ah! Y pensándolo bien no sé si lo deseo. Finalmente, me queda el desafío... Si me atraviesa de un balazo, salgo de apuros. Pero, ¿qué sería de mi familia?

ESCENA II

Dichos HEINECKE con una bata rota y con babuchas; trae un cesto con carbón.

HEINECKE.—(*Con voz sorda*). Buenos días.

ROBERTO.—Buenos días, padre.

HEINECKE.—(*Gruñendo*). Sí, sí.

SRA. HEINECKE.—Vamos, hombre, no gruñas. Mejor harías en ayudarme.

HEINECKE. — Sí, sí. Encendamos fuego. (*Se arrodillan delante de la estufa*).

ROBERTO.—(*Aparte*). ¿Y si yo lo mato? No hay duda que sería un gran alivio. Pero el problema no se resuelve. ¿Qué será de ellos aquí? Voy viendo que no puedo permitirme el lujo de tener honor. (*Fuerte*). ¡Ah, qué lodo!

HEINECKE.—¿Qué tienes, hijo?

SRA. HEINECKE. — (*Bajo*). Por lo de Alma. No se ha acostado siquiera.

HEINECKE.—Sí, sí, ¡esa Alma! ¡Para ver semejantes cosas ha sido uno honrado toda la vida! Pero siempre lo he dicho : esa casa será nuestra perdición.

SRA. HEINECKE.—No lloriquees.

ROBERTO.—(*Aparte*). ¡Ah, me parten el corazón!

HEINECKE. — ¡Oh! no lloro. En mi casa soy el amo. Ya sé lo que tengo que hacer. También tiene honra el pobre lisiado. ¡Y que

esto me haya sucedido á mi! ¡Esa hija! Ya verá. (*Agita el hierro*). No se libra de mi maldición... de mi maldición paternal.

SRA. HEINECKE. — (*Arreglando el fuego*). Vamos, vamos.

HEINECKE.—¿Qué entiendes tú de honor? (*Se golpea el pecho*). Aquí está el honor. La pondré en la puerta de la calle, de noche, para que se pierda entre la niebla.

ROBERTO.-¿Y si se pierde por completo, padre?

SRA. HEINECKE. — No tengas miedo. Es más pacífico de lo que parece.

ROBERTO.— ¿Quieres ir á ver lo que ella hace? Seguro que no se atreve á presentarse.

SRA. HEINECKE.—¿Ella? Apostaría á que duerme.

ROBERTO.—¡Oh!

SRA. HEINECKE.--(*Yendo á la puerta de la habitación*). ¡Alma! (*No responden*).

ROBERTO.— ¡Santo Dios! No debían haberla dejado sola.

SRA. HEINECKE — (*Que ha abierto la puerta*). ¡Ya te lo decía yo! Duerme.

ROBERTO.—¡Y puede dormir!

SRA. HEINECKE.— ¿Te levantarás mala pécora?

HEINECKE.—(*Detrás de ella*). Pronto arriba. Aquí, al momento, ó ¡ay de tí!

ROBERTO. — Padre, madre, una palabra antes que llegue. Cuidado no seais demasiado duros con ella. Tal vez la perderíamos para siempre.

SRA. HEINECKE.—Tú sabes más que tu anciana madre, pero en estas cosas te puedo dar lecciones. La trataré como si estuviera en una casa de corrección, aunque se me parta el alma. Cepillará los zapatos, pelará las patatas, limpiará las habitaciones, barrerá las escaleras. Tendrá que hacerlo todo.

ROBERTO.—¿Y si huye una noche?

HEINECKE. — La encerraremos y me meteré la llave en el bolsillo. Que intente lo que quiera.

ROBERTO. — ¡Pero mirad que es casi una niña! Y no es ella la más culpable... Su propia hermana... Si quieren ser duros séanlo con esa alcahueta. ¡Por Dios, que no vuelva más á ver á su hermana! Es preciso que ni Augusta ni su marido pongan más los pies en esta casa.

HEINECKE.—Bien dicho. ¡Casa limpia! Ya hace tiempo que tengo á ese Michalski en la boca del estómago. Ya lo ves, mujer. Ha tenido que venir Roberto de las Indias para decírtelo. Pero á mí se me desprecia, á mí, que soy un venerable anciano.

ROBERTO — Perdona, padre. No se trata de tí.

HEINECKE. — Me es igual. Esa Augusta no es más que una tragona que se llena los bolsillos de cuanto se le viene á mano.

SRA. HEINECKE. — (*Fregoteándose los ojos con el delantal*). Pero también es hija mía. Los quiero á todos iguales.

ROBERTO.—¿Aunque no sean dignos de tu cariño, madre?

SRA. HEINECKE.—Pues por eso mismo.

ROBERTO.—¡Silencio!

ESCENA III

Dichos, ALMA en camisa de dormir, blanca y con falda, los cabellos en desorden, aparece vacilante en la puerta de su cuarto, y lanza miradas temerosas á uno y á otro.

HEINECKE.—¡Oh! ¡oh!

SRA. HEINECKE. — (*Retorciéndose las manos*). ¡Hija mía! ¡Hija mía! ¿Esa es tu recompensa? ¿No te he dado siémpre buenos consejos? ¿No te he mimado como á una princesa? Todo se acabó ya. ¿Qué haces mano-

sobre mano? La escoba pronto, y á barrer. (*Alma pasa ante ella levantando los brazos como para defenderse y se dirige á la cocina*).

HEINECKE. — (*Paseándose de arriba abajo muy agitado*). Bueno; yo le diré : soy tu padre, yo te he echado al mundo. Sí, soy un hombre honrado, sí, lo soy... (*Alma vuelve con una escoba y una pala*).

ROBERTO.—(*Aparte*). ¡Conmueve su arrepentimiento! y ella...

SRA. HEINECKE.—Vamos, á prisa.

HEINECKE.—(*Con solemnidad*). Alma, hija mía, ven acá... cerca, más cerca.

ALMA.—¡Oh! no mo pegues, no me pegues.

HEINECKE.—Eso es lo menos que merecías. Soy un hombre honrado. Si, tengo mi honor. ¿Sabes lo que te voy á hacer? Voy á maldecirte. ¿Qué dices?

ALMA.—Vamos, déjenme tranquila.

HEINECKE. — ¡Ah! ¿conque quieres alzar el gallo? Te voy á enseñar. ¡Tú!...

SRA. HEINECKE.—¿Quieres estarte quieto? Déjala trabajar.

HEINECKE.—¡Cómo! ¿Tampoco tengo el derecho de maldecir á una hija que nos deshonra?

SRA. HEINECKE.—¡Bah! Eso es de novelas.

HEINECKE.—¡Ah!

ROBERTO.—Padres, esto no puede continuar, se los suplico. Déjenme solo con ella un momento. Mientras tanto, vístanse, porque es fácil que tengamos visitas.

SRA. HEINECKE.—Ea, vámonos.

HEINECKE.—Ni siquiera tengo el derecho de maldecir á una hija que... Espera un poco. (*Su mujer se lo lleva. Vánse los dos*).

ESCENA IV

ROBERTO, ALMA.

ROBERTO.—*(Aparte)*. Ahora sabré lo que realmente es y lo que debo hacer. *(Con dulzura)*. Ven á mi lado, hermanita.

ALMA.—Mamá me dijo que barriera el cuarto.

ROBERTO.—No corre prisa. *(La coje de la mano, Alma retrocede asustada)*. No tengas miedo; no te voy á pegar... ni á maldecirte. Sólo quiero que sepas que de hoy en adelante tendrás un buen amigo que vele por tí... fiel é indulgente.

ALMA.—¡Qué bueno eres! Muy bueno. (*Cae de rodillas ante él sollozando*).

ROBERTO.—Vamos, vamos, levántate. Siéntate en este taburete... aquí. *(Se sienta en el sillón)*. Levanta la cabeza; quiero mirarte los ojos. *(Trata de levantarle la cabeza, pero ella la oculta con obstinación sobre las rodillas)*. ¿No quieres? Pues bien, queda como estás y llora á tus anchas. No te echaré de aquí, pero llorarás más de un día y más de una noche cuando llegues á comprender lo que han hecho contigo. Vamos, dime, ¿comprendes que, de aquí en adelante, toda tu vida debe estar consagrada al arrepentimiento?

ALMA.—Sí, lo comprendo.

ROBERTO.—*(Tomándole la cabeza con las manos)*. Sí, sí, hermanita. Hemos trabajado muy lejos para hacerte feliz... durante diez eternos años... y ahora, apenas si bastarán veinte para olvidar tamaña desgracia.

ALMA.—De aquí á veinte años ya seré vieja.

ROBERTO.—¿Vieja? ¿Y qué importa? Para nosotros dos ya no hay juventud.

ALMA.—¡Oh! ¡Dios mío!

ROBERTO.—(*Levantándose con agitación*). No temas Ya no nos separaremos más. Nos iremos á ocultar en cualquier rincón como animales acorralados Eso somos. Nos han perseguido y destrozado muy alegremente. (*Alma inclina la cabeza sobre el sillón vacío*). Nosotros dos solitos nos ayudaremos, solitos. (*Aparte*). ¡Así me la han dejado! Ya sé lo que tengo que hacer. El alma de niña que ha pisoteado en el fango no puede devolvérmela, y otra clase de satisfacción... No, no la necesito. (*Alto*). ¡Alma!

ALMA.—(*Levantando el cuerpo*). ¿Qué?

ROBERTO.—¿Le amas mucho?

ALMA.—¿A quien?

ROBERTO —¿A quién?... á ese hombre.

ALMA.—¡Oh! sí.

ROBERTO.—¿Y si lo perdieras para siempre, te morirías?

ALMA.—Eso no.

ROBERTO.—Bien está... Animo... También se aprende á olvidar, sí, también se aprende. (*Se sienta*). Ante todo, á trabajar otra vez. Ya se concluyó el canto. Has aprendido á coser y ese será tu oficio. Pero ya no volverás al taller. Allí todo son tentaciones y malos ejemplos.

ALMA.—¡Oh! sí. Ninguna vale gran cosa.

ROBERTO.—No debes acusar á nadie, y tú menos que ninguna otra. ¿A dónde iremos? Todavía no lo sé. No me siento con valor de expatriar á nuestros ancianos padres: si no fuera por esto, á todos os llevaría conmigo, sea donde sea... pero lejos... muy lejos... donde no pertenezcas más que á mí,—á mí y al trabajo;—porque, puedes creerme, el trabajo es por lo menos la mitad de la dicha. Nuestros padres estarán con nosotros, y tú me ayudarás á cuidarlos. Además

de la costura, lavarás y cocinarás. Soportarás su mal humor, los agasajarás. ¿Quieres?

ALMA.—Si es tu gusto.

ROBERTO.—No, has de ser tu misma, y de corazón. De lo contrario, ya no hay mérito. Te lo pregunto por segunda vez: ¿quieres?

ALMA.—Sí, consiento, pero desde mañana.

ROBERTO.—Está bien. ¿Pero, por qué desde mañana y no desde hoy?

ALMA.—Porque hoy todavía...

ROBERTO.—¿Qué?

ALMA.—¡Ah! te lo suplico.

ROBERTO.—Habla.

ALMA.—¡Me gustaría tanto ir esta noche... al baile de máscaras! *(Largo silencio. Escena muda. Roberto se levanta y se pasea de arriba abajo. Alma levantándose)*. ¿Quieres?

ROBERTO.—Llama á los padres.

ALMA.—¿No me lo permites? *(Llorando.)* ¿Ni siquiera esto? ¿No puedo tener ese gusto ni por última vez?

ROBERTO.—¿Sabes lo que dices? ¡Oh!

ALMA.—*(Rebelde)*. Sí, sé muy bien lo que digo... No soy tan tonta. Conozco lo vida. ¿Para qué tantas historias? Es imposible quedarse aquí encerrada. Ni un rayo de sol, ni un rayo de luna penetra jamás en este patio... Por todas partes, chismes y disputas. ¿Quién piensa aquí en delicadeza y buena educación? El padre gruñe, la madre riñe... Se martiriza una los dedos hasta hacerse sangre cosiendo por 60 pfennigs al día... ¡Ni para el petróleo!... Una es joven y bonita .. Sí, deseo alegrarme y vestir bien... y salir de la condición en que he nacido..., porque siempre he aspirado á mucho más... Y deliro por la lectura... Ya saben como soy... Y cuanto al matrimonio. ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Con quién? ¿Con uno de

esos trabajadores de fábrica? Gracias. ¿Para que se beba el jornal y me zurre encima? Que busque otra. Deseo un hombre distinguido, y, si no lo encuentro, mejor estoy sin ninguno.,. Conrado ha sido siempre conmigo cortés y amable... No he aprendido con él palabrotas soeces... Aquí me las han enseñado. Quiero salir de esta casa. Poco me importas tú y tus cuidados... Una muchacha como yo se las arregla muy bien solita.

ROBERTO.—*(Trata de arrojarse sobre ella, pero se contiene.)* Llama á los padres.

ALMA.—Quiero preguntar á mi padre si no tengo... *(Viendo que la amenaza.)* Si, sí, me voy de aquí *(Vase)*.

ROBERTO.—(*Solo*) ¡Y ésta es Alma! ¡Ah! ¡qué imbécil he sido! ¡Qué estúpida sensiblería! ¿Y yo he poetizado esa vulgaridad? La seducción no la ha hecho lo que es. No, lo lleva en la sangre. Pues bien ahora es preciso obrar; sin contemplaciones, brutalmente. No hay más remedio. De lo contrario, todo perdido.

ESCENA V

ROBERTO, HEINECKE, Señora HEINECKE, ALMA. La señora Heinecke entra empujando á Alma.

HEINECKE.—(*Dándose importancia.)* ¡Qué impudencia!

SRA. HEINECKE.—El baile cuesta caro. De aquí no sales.

HEINECKE.—¿Has merecido mi maldición, sí ó no? Y te vuelvo á maldecir, mala pécora.

ROBERTO.—Sal de aquí, Alma. Tengo que hablar con los padres.

SRA. HEINECKE.—Y no me vayas de ese modo.

Ponte una falda, la gris, que está remendada,

ALMA.—¡Ese pilfo!

HEINECKE.—¡Fuera de aquí!

SRA. HEINECKE.—Y que no te coja bebiendo el café. Vamos, vamos, no lloriquees. (*Bajo,*) Está al fuego. (*Vase Alma.*)

ESCENA VI

HEINECKE, Señora HEINECKE, ROBERTO.

ROBERTO.—Padre, y usted madre, no me guarden rencor. Es preciso que les... Hemos de cambiarlo todo en esta casa.

HEINECKE.—¿Pues para qué?

ROBERTO.—Alma está perdida para siempre si no la sacamos de aquí. Pero, ¿qué va á ser de vosotros? Quedarse solos es imposible. Esos Michalski os devorarían. No queda más que un recurso: venir conmigo...

SRA. HEINECKE.—(*Asustada.*) ¿A las Indias?

ROBERTO.—A cualquier parte. Tal vez á las Indias. La influencia de Trast es grande. Tendremos donde escoger.

HEINECKE —(*Con rabia.*) Si no hay más remedio, lo mismo da ir á las Indias.

SRA. HEINECKE.—Se me va la cabeza.

ROBERTO.—Muy duro os será eso, lo comprendo. Pero no hay que desanimarse. Parece más de lo que es. Allá la vida es mucho más fácil que aquí. Tendremos los criados que necesitemos.

HEINECKE.—¡Mil millones!

ROBERTO.—Y casa propia.

HEINECKE.—¿Con palmeras?

ROBERTO.—A granel.

SRA. HEINECKE.—¿Y puede una coger la fruta de los mismos árboles?

ROBERTO.—Los criados la cogen.

SRA. HEINECKE.—¿Y no cuesta nada?

ROBERTO.—Casi nada.

HEINECKE.—¿Y vuelan los papagayos por todas partes? ¿Y hay monos... como en el jardín de Aclimatación?

ROBERTO.—¿Decidido, pues?

SRA. HEINECKE.—¿Qué dices tú, papá?

HEINECKE.—¡Caramba! Lo que es por mí... ya podemos echar á andar.

ROBERTO.—Gracias, muchas gracias. *(Aparte.)* Alabado sea Dios, no ha habido necesidad de obligarles. *(Alto.)* Aprovechemos el tiempo.¿ Hay por ahí papel y tinta? (*Heinecke perplejo se rasca la cabeza)*

SRA. HEINECKE.—Alma debe de tener. *(Entra en el cuarto.)*

HEINECKE.—¡Pues no! Siempre está escribiendo cartas. *(Cierra la estufa.)*

ROBERTO.—*(Aparte, suspira con desahogo.)* ¡Ah! ahora sí que tengo curiosidad de saber qué clase de satisfacción pretende darme. Yo la rehusaré, como rehusaré un desafío. Me llamarán cobarde, hombre sin honor. ¡Bah! para nada necesito su honor. Lo que importa es asegurar el pan á los míos.

SRA HEINECKE.—Todo está ya en la mesa. ¿Quieres que te lo traiga aquí?

ROBERTO.—No, no, allá no me molestarán.

SRA. HEINECKE.—Estarás fatigado. Descansa un poco.

ROBERTO.—*(Moviendo la cabeza.)* Si Conrado envía algún recado, ó si viene, llámenme. *(Vase.)*

ESCENA VII

HEINECKE, Señora HEINECKE.

SRA. HEINECKE.—*(Dejándose caer en una silla.)* ¡A las Indias!

HEINECKE.—¡Llevar á pobres viejos como nosotros al otro extremo del mundo!

SRA. HEINECKE.—*(Señalando la ventana.)* ¡Jesús, Dios mío!

HEINECKE.—¿Qué hay?

SRA. HEINECKE.—¡Los Michalski!

HEINECKE.—¡Ellos! *(Abotonándose la bata.)* ¡En buena ocasión llegan! *(Llaman.)*

LOS DOS.—*(En voz baja.)* Entren.

ESCENA VIII

Dichos, AUGUSTA y MICHALSKI. Este lleva un paquetito.

MICHALSKI.—¡Buenos días!

SRA. HEINECKE.—¡Silencio!

HEINECKE.—*(Amenazándoles con el puño.)* ¡Largo de aquí!

AUGUSTA.—*(Sentándose.)* ¡Vaya un fresco que hace esta mañana!

MICHALSKI.—*(Se sienta y descubre una botella.)* Te traigo un licor superfino. Dame un sacatapas.

SRA. HEINECKE.—Ahora no. Tenemos orden de poneros en la puerta de la calle.

AUGUSTA.—¿Quién ha dicho eso?

SRA. HEINECKE.—¡Pst! Roberto.

AUGUSTA.—Me gusta. ¿Y se dejan ustedes mandar en su propia casa?

SRA. HEINECKE.—*(Bajo.)* ¡Silencio! Está en el cuarto.

AUGUSTA.—*(Riendo con lástima.)* ¡Pobre papá! Está temblando de miedo.

MICHALSKI.—Miren que hacer eso con los pobres. ¡Canalla!

SRA. HEINECKE.—No es ningún canalla, es un buen hijo que mira por nosotros.

HEINECKE.—Aunque nos quiera llevar á las Indias.

AUGUSTA Y MICHALSKI.—(*Juntos.*) ¡Cómo! ¿A dónd?

SRA. HEINECKE.—A las Indias.

AUGUSTA.—¿Y por qué?

SRA. HEINECKE.—Pues porque Alma quería ir al baile de máscaras.

MICHALSKI.—¿Está loco?

SRA. HEINECKE.—Será preciso dejar para siempre los cuatro muebles que nos hacían estar tan á gusto en nuestra casa.

AUGUSTA.—(*Con sentimiento.*) Y también á mí me dejaran. ¡Una pobre como yo! Digo, ¿venderán los muebles?

SRA. HEINECKE.—¿Los muebles? (*Augusta hace signo que sí.*) No habrá más remedio.

AUGUSTA.—¿Y el espejo también, y los sillones? (*Su madre dice que sí emocionada.*) Pues yo, si fuera de ustedes, en lugar de venderlos por cuatro cuartos, se los daría á su pobre hija que va á quedarse solita. Por lo menos, tendrían la seguridad de que alguién los cuidaría.

SRA. HEINECKE.—(*Mirándola con desconfianza, luego á media voz á su marido*). ¿Lo ves? Ya quiere los sillones.

AUGUSTA.—(*Conciliadora*). O si están ustedes decididos á venderlos, nosotros se los compraremos, y á buen precio, para que no salgan de la familia.

HEINECKE.—¡Todavía no nos hemos marchado!

MICHALSKI.—Yo, si fuera de usted...

SRA. HEINECKE.—Nada podemos hacer nosotros. Dependemos de él por completo.

Cuando manda hay que obedecer. ¿En dónde iríamos á meternos?

AUGUSTA.—Y en estos apuros en que estamos todos. *(Llaman).*

ESCENA IX.

Dichos, el señor MUHLINGK.—Gran impresión,

MUHLINGK. — Salud, buena gente. ¿Está en casa su hijo?

HEINECKE.—*(Con mucho respeto).* Sí, señor.

SRA. HEINECKE. — *(Abriendo la puerta).* ¡Roberto! *(Con ternura).* ¡Jesús bendito! Se ha dormido en la silla... Es que no ha pegado los ojos en toda la noche... Roberto, es el señor consejero del Comercio... Duerme á pierna suelta.

MUHLINGK.— *(Amable).* ¿Sí?... Tanto mejor. No lo despierten.

HEINECKE.—Cierra la puerta.

SRA. HEINECKE.—¿Pero no sabes que dijo?...

HEINECKE.—Si el señorito Conrado viene... Eso dijo. *(Cierra suavemente la puerta).*

AUGUSTA. — *(A Michalski, como quien cuenta dinero).* ¡Atención!

MUHLINGK —*(Mirando alrededor).* Parece muy bien la casita, buena gente.

HEINECKE.—¿Por qué no se sienta el señor consejero en este sillón?

MUHLINGK.—Vaya, vaya; verdadera seda.

SRA. HEINECKE.—Todo seda, ¡oh!

MUHLINGK.—¿Un regalo?

SRA. HEINECKE —*(Vacilando).* Eso es.

MUHLINGK.—*(Con mucha naturalidad).* ¿De mi hijo?

HEINECKE.—Sí, señor.

SRA. HEINECKE.—*(Al mismo tiempo).* ¡Silencio!

MUHLINGK. — *(Aparte).* Charlatán. *(Alto).* A

propósito. Roberto se ha portado muy mal con mi hijo. Francamente, esperaba que fuera más agradecido. Pueden decirle de mi parte que lo despido y que le espero esta tarde á las cuatro para arreglar nuestras cuentas.

SRA. HEINECKE.—¡Cuánto lo va á sentir!

HEINECKE.—¡Oh! quería al señor consejero como á su propio padre.

MUHLINGK.—¿Sí? Se lo agradezco. Pero he venido para otra cosa. Ustedes tienen una hija...

AUGUSTA.—(*Adelantándose*). Para servir á usted.

MUHLINGK.—¿Se le ofrece algo?

AUGUSTA.—(*Modestamente*). Soy la hija.

MUHLINGK. — ¡Ah! si, está bien... Pero no se trata de usted. La joven se llama Alma.

SRA. HEINECKE.—Justo, y no es por alabarme, pero se puede decir que es una muchacha muy linda.

HEINECKE.— Y de mucho talento. Le hacemos aprender el canto.

MUHLINGK. — ¡Ah! Es muy hermoso ver que hay hijos que son el orgullo de sus padres. Pero hay una cosa que no me gusta, y es que su hija, aprovechándose de la hospitalidad que les doy á ustedes en mi casa desde hace diecisiete años, ha contraido relaciones demasiado íntimas con mi hijo. Francamente, esperaba un poco más de agradecimiento.

SRA. HEINECKE.—Pero... señor Consejero...

MUHLINGK.—Para cortar toda clase de relaciones entre mi familia y la de ustedes, tengo el gusto de ofrecerles una cantidad que partirá usted, mi buen señor Heinecke, con su hija Alma. Es decir, que la mitad le será entregada como dote cuando en-

cuentre alguno... *(Sonríe discretamente)*. Ya me comprenden ustedes. Mientras tanto, pueden ustedes disfrutar de toda esa cantidad. ¿Estamos conformes?

AUGUSTA.—*(Bajo, detrás de su padre)*. Di que sí, dí que sí.

HEINECKE.—Yo... Yo...

MUHLINGK.—Si les ofrezco una suma tan crecida es para librarnos de una promesa absurda que su hijo supo arrancar al mío... Asciende á... *(tose y vacila)* á sesenta mil marcos.

HEINECKE.—*(Da un grito)*. ¡Jesús! ¿Habla usted seriamente?

SRA. HEINECKE—Pierdo el sentido. *(Se deja caer sobre una silla. Augusta la sostiene)*.

MUHLINGK—*(Aparte)*. Me he corrido demasiado *(Alto)*. Se los vuelvo á preguntar. ¿Están ustedes satisfechos con los cincuenta mil marcos?

MICHALSKI.—Creí que eran...

AUGUSTA.—*(Empujando á su padre, bajo.)* Dí que sí pronto, si no, rebajará más.

HEINECKE.—Me cuesta trabajo creerlo, señor consejero. ¡Aunque sean cincuenta mil marcos! Tanto dinero junto .. no puede ser... es un sueño... Enséñemelo.

MUHLINGK.—Se lo darán en la caja.

HEINECKE —¿Y no me dirá el cajero: «que pongan á ese vejestorio de patitas en la calle?» ¡Oh! trata muy mal á los pobres ese señor. *(Muhlingk ha sacado del bolsillo un carnet de cheques, escribe un número, arranca la hoja y la da á Heinecke. Todos examinan el papel.)* ¡Cincuenta mil marcos! Es una generosidad nunca vista. Esa mano, señor consejero.

MUHLINGK —*(Metiendo la mano en el bolsillo)*. Mañana por la noche vendrá aquí una con-

ductora, y poco después, espero me harán el favor de abandonar esta casa. Deseo no oir hablar más de ustedes.

HEINECKE.—¡No diga usted eso, señor consejero! Si no lo lleva usted á mal, tendré mucho gusto en visitarle muy á menudo. Porque yo soy un hombre honrado, ¡vaya!

MUHLINGK.—Lo creo, lo creo. Adios, buena gente. (*Aparte*). ¡Que asco! (*Váse*).

ESCENA X

HEINECKE, Señora HEINECKE, AUGUSTA, MICHALSKI.

HEINECKE.—Ya lo viste mujer, cincuenta mil marcos! (*Michalski quiere abrazarlo.*) Atrás un poco, hijo. (*Busca en el bolsillo, saca un pañuelo, lo extiende sobre las rodillas, pone el cheque y lo envuelve con mucho cuidado en el pañuelo; luego lo guarda en el bolsillo interior de la chaqueta*). Aquí. Ahora ya puedes abrazarme.

SRA. HEINECKE.—¡A mí me va á dar algo con esta alegría! (*Se abrazan llorando*). ¡Cuando lo pienso! Ya no tendré que volver á la plaza sin dinero. Cuando tenga frío podré poner carbón y más carbón hasta llenar la estufa. Y por la noche comeremos salchichas.

HEINECKE.—Iré siempre en tranvía.

MICHALSKI.—Quinientas mil veces á diez pfenigs, justito.

SRA. HEINECKE.—¡Y me regalarás el sofá!

AUGUSTA.—Ahora sí que no hay que pensar en las Indias.

SRA. HEINECKE.—¡Vaya una salida!

HEINECKE.—(*Al mismo tiempo*). ¿Estás loca?

AUGUSTA.—¿Y qué dirá Roberto?

SRA. HEINECKE.—¡Ah, sí, Roberto! *(Se dirige hacia la puerta).*

AUGUSTA.—*(Deteniéndola).* No, créeme, déjalo dormir. Cuanto más tarde lo sepa mejor.

SRA. HEINECKE.—*(Impresionada)* ¿Qué quieres decir con eso?

HEINECKE – *(Tocando á su mujer con el codo y señalando la puerta de la cocina.)* ¿Y esa? ¡he! ¡eh!

SRA. HEINECKE.—¡Pobre niña mía!

HEINECKE.—*(Con misterio)* Vamos á darle una sorpresa. ¡Silencio! *(Van todos de puntillas hacia la puerta de la cocina).*

HEINECKE.—*(Que va delante, empuja la puerta. Se oye un grito. Retrocede asustado.)* ¿Qué quiere decir esto? Tú, mujer; ¿qué es esto?

SRA. HEINECKE.—*(Alzando los brazos al cielo).* ¡Jesús!

MICHALSKI.—*(Mirando por encima de los hombros de ellas)* ¡Rayos y truenos!

HEINECKE.—*(Con fingida seriedad).* Muy bien está eso. Ven acá.

LA VOZ DE ALMA.—*(Con ansiedad).* ¡Oh, no, por Dios!

HEINECKE.—Andando. Aquí pronto.

ESCENA XI

Dichos, ALMA vestida con traje indio; se oculta la cara entre las manos, Todos dan vueltas á su alrededor riendo y dando gritos de admiración. AUGUSTA toca la tela.

AUGUSTA.—Es el traje indio.

MICHALSKI.—De la princesa que dejaron desnuda como una lombriz.

ALMA.—No era más que para probármelo. Me lo voy á quitar enseguida.

SRA. HEINECKE. —*(Acariciandola con precaución).* ¡Jesús mio! ¡Un angelito verdadero!

ALMA.—¿Conque no están enfadados?

HEINECKE.—¿Enfadados? (*Acordándose; con severidad.*) Es decir... sí... muy enfadados. Pero... vaya... queremos ser indulgentes. (*Volviéndose*) ¿Bien dicho, eh?

SRA. HEINECKE.—(*Acariciando los cabellos de Alma, la conduce hacia la derecha*). Vén, siéntate. Ahí no, en un sillón.

ALMA.—En un... ¿Pero que pasa?

HEINECKE.—¡Je, je! (*Todos se sientan á su alrededor*).

ALMA.—¿Y podré ir esta noche al baile?

HEINECKE.—Sí irás al baile.

AUGUSTA.—(*Con ironía*) ¡Pobre niña!

HEINECKE.—(*Se levanta bruscamente*). He de ir á la caja enseguida.

MICHALSKI.—(*Destapando la botella de licor*). Espere. Hay que celebrar esto con unas copitas. Trae copas, Alma.

SRA. HEINECKE. — (*Levantándose con viveza*). Deja á la niña en paz. Eso es cosa mía. (*Va al parador y saca copas de licor; á Augusta*). ¿Qué es lo que querías decir de Roberto?

AUGUSTA.—Ya lo verás.

SRA. HEINECKE.—Pues se debe alegrar de la dicha de estos pobres viejos.

MICHALSKI.—(*Alzando la copa, canta.*) A la salud de ustedes... á su salud...

SRA. HEINECKE.—¡Por Dios, silencio! (*Se oye el ruído de una silla en el cuarto de al lado.*)

MICHALSKI. —(*Gritando.*) Señoras y señores, brindo por nuestra mascota, por la señorita Alma Heinecke, y, en primer lugar, por la noble familia que tan generosa ha sido siempre.

HEINECKE.—¡Viva la familia de Muhlingk! ¡Viva!

ESCENA XII

Dichos, ROBERTO saliendo del cuarto. Todos repiten dos veces; ¡Viva!

SRA. HEINECKE.—*(Asustada.)* ¡Ya está aquí! *(Silencio embarazoso.)*

MICHALSKI.—*(Echándola de atrevido.)* Buenos días, cuñado.

ROBERTO.—¿Quieres explicarme, madre, como es que esos dos individuos se atreven á sentarse á la mesa de gente honrada?

MICHALSKI.—¡Oh! ¡oh!

HEINECKE.—No seas así.

SRA HEINECKE.—*(Dirigiéndose á la izquierda.)* Robertito, hijo, no hay que ser orgullosos, sobre todo con los suyos.

ROBERTO.—¿Eh? ¿Qué es eso, Alma? ¿Quién te ha dado permiso?

HEINECKE.—Oye. Eso de las Indias se acabó. Prefiero gastar mi dinero en Alemania.

ROBERTO.—*(Cortado.)* ¿Pero qué pasa?

SRA. HEINECKE.—Habla tú, papá. A tí te dieron el papel.

ROBERTO.—¿Qué papel?

HEINECKE.—*(Con hinchazón.)* Hijo mío, nunca se debe juzgar á las personas por las apariencias. Desde fuera nadie sabe lo que uno es. Por lo tanto hay que estimarlas, porque es imposible conocer lo que se oculta bajo el más humilde traje... Todos pueden llevar una capa de paño fino.

ROBERTO.—Te explicarás.

HEINECKE.—¿Explicar? ¿Qué te he de explicar? No me mires así. ¿Por qué me mira de ese modo, mujer? Ya no estoy en el caso de soportar esos modales.

SRA. HEINECKE.—Vamos, habla claro, dile...

HEINECKE.—Pues sí, el patrono ha venido.

ROBERTO.—El... ¿Por qué no me han despertado?

HEINECKE.—¿Por qué? En primer lugar, porque no era el hijo. Cuando *tu* amigo viene aquí puedes recibirlo. El padre es amigo *mío*. Tendremos visitas de aquí en adelante. Y en segundo lugar, porque no recibo órdenes de ninguno de mis hijos... Ya basta .. ¿Has comprendido?

SRA. HEINECKE.—Pero papá...

HEINECKE.—Tú cállate. No me interrumpas cuando sermoneo á un hijo mío. Ahora, no permito que se burle nadie de mí.

MICHALSKI.—*(Detrás de él.)* ¡Muy bien!

ROBERTO.—¿Habló de Alma?

HEINECKE.—Primero habló de tí. Te despide por tu mal proceder. Yo también esperaba un poco más de agradecimiento.

ROBERTO.—¿Tú?

HEINECKE.—Sí, yo, tu padre... No me gusta ver á mis hijos correr la Ceca y la Meca como gente holgazana. Y hoy, á las cuatro, irás á presentarle las cuentas. Si no, ¡mucho ojo!

ROBERTO. — (*Fuera de sí; luego, dominándose).* Hablemos de Alma. ¿Te ha ofrecido una satisfacción?

HEINECKE.—Y me la ha dado. Completa.

ROBERTO.—(*Vacilando, como quien conoce que va á decir una verdad*). ¿El matrimonio?...

HEINECKE.—¿Qué es eso de matrimonio?

ROBERTO.—De Conrado con...

HEINECKE.—Te has vuelto idiota.

ROBERTO. — *(Con viva ansiedad).* Pues entonces... ¿qué?

HEINECKE.— *(Con sorna, á media voz, al oido).* Cincuenta mil marcos, ni un pfennigs menos. (*Alto*). ¡Magnífico! ¿eh?

ROBERTO.—*(Aterrado).* ¡Dinero!

SRA. HEINECKE.—¡Jesús! Ya me lo temía.

ROBERTO.—¡Dinero!

HEINECKE.— Eso es. Aquí lo tengo. Oro en barras si quiero.

ROBERTO.—¿Cómo? ¿Lo has aceptado?

MICHALSKI.—*(Estupefacto)*. ¡Pues no!

ROBERTO.—¿Te ha ofrecido dinero y lo has aceptado? *(Fuera de sí se abalanza á su padre)*.

MICHALSKI.—*(Interponiéndose)*. Te ruego le dejes en paz.

ROBERTO. —*(Sin hacer caso, retrocede vacilante)* ¿Madre, has aceptado?

SRA. HEINECKE.—*(Juntando las manos)*. ¡Somos unos pobres, hijo mio! *(Roberto con risa de desesperado se deja caer en una silla. Michalski y Augusta rodean á Heinecke. Alma sonriendo permanece sentada con las manos alzadas sobre las rodillas)*.

SRA. HEINECKE — ¡Que Dios lo tenga de su mano! No está en su juicio. *(Le pone la mano sobre el hombro)*. Hijo mío, escucha un buen consejo: La dicha no se debe despreciar, porque el honor es hambre pura.

ROBERTO.—¡Oh! madre, no es eso lo peor. ¡Hambre! Prefiero morir en la basura reventar como un perro... Pero devuelvan ustedes ese dinero... Escuchen, voy á hablarles tranquilo, razonable. Quiero probarles como dos y dos son cuatro, que deben devolverlo... Esa gente nos ha arrojado á la cara la vergüenza... Es verdad... Nada teníamos nosotros que reprocharnos, podíamos llevar la cabeza muy alta. Se le puede robar á un hombre el honor como se le roba la bolsa... No puede uno defenderse. Pero si consentimos que nos paguen con dinero el poco honor que nos quedaba, probaremos que nunca lo hemos tenido, y

seremos merecedores de que nos desprecien. (*Heinecke se vuelve hacia Michalski que se lleva el dedo á la frente*). Lo comprendo, Dios mío. No quiero hacerles cargo alguno, no... Son ustedes pobres y siempre lo han sido. Cuando no se puede pensar más que en el pan de cada día no queda tiempo para saber lo que es la dignidad... y claro, se dejan ustedes seducir por unas cuantas monedas... Pero, créanme. no podrán disfrutarlo .. Sólo les quedará el hastío (*Con voz dificultosa*). ¡Ah! ¡el hastío! Es asfixiante.

SRA. HEINECKE.—Le da á uno frio de oirlo.

HEINECKE —Y es mi hijo.

ROBERTO. —No crean que perderán si van conmigo. Mirenme. Creo haber aprendido algo, ¿no es verdad? ¿Verdad que tengo fuerzas todavía? No me faltan recursos, no. Por los años que les quedan de vida yo me basto para que nada les falte. Escuchen, Trabajaré sólo para ustedes... Los haré ricos... ¡ricos! Dispondrán de mí como les parezca; seré su esclavo, su bestia de carga... Pero devuelvan ese dinero, devuélvanlo.

HEINECKE.—Todo eso es muy bonito. Pero un buen toma vale más que... ¿Qué quería decir yo?

MICHALSEI.—¡Bien dicho!

HEINECKE.—Eso es... Pues bien, mi señor hijo, tú puedes irte á donde quieras. Yo no suelto lo que es mío, y voy á cobrarlo ahora mismo.

MICHALSKI.—¡Retebiên!

ROBERTO.—¿Y tú, madre?... (*Ella se vuelve*). ¿Tú también? ¡Dios mío! ¿Qué más puedo hacer? Alma, por ti es todo esto. Todo te lo perdonaré, pero ayúdame. (*La toma de la mano; ella se resiste; la lleva al medio de-*

la escena). ¡Te has entregado! Pues bien, ¡sea!... Después de todo, tal vez tuvieras derecho á hacerlo. ¡Pero no te vendas! ¡Que no trafiquen con tu amor! Diles eso, Alma.

ALMA —(*Con altanería*). ¡Suéltame!

AUGUSTA.—Le va á partir el brazo. ¡Pobrecilla!

ALMA. — No recibo órdenes tuyas. (*Se desprende*).

ROBERTO.—¡Hermanita!

ALMA.—Apesar de todo iré al baile de máscaras. Pregúntaselo á mamá.

ROBERTO.—¡Madre!

SRA. HEINECKE.—¿Por qué no se ha de divertir la pobre alguna vez?

ROBERTO.—(*Anonadado*). ¡Ah! ¿también eso?

MICHALSKI.—(*Sentándose en un sillón, guasón*). También eso.

ROBERTO.—¡Ah! miserable alcahuete! ¡Levántate! (*Como Michalski no se mueve, coge el sillón por el espaldar*). ¡Arriba, y fuera de aquí los dos!

MICHALSKI.—(*Amenazando*). Ya empiezo á estar harto.

ROBERTO.—(*Cogido siempre al sillón*). ¡Cuidado con tocarme!

SRA. HEINECKE.—(*Interponiéndose*). ¡Me vas á romper el sillón!

ROBERTO.—¿También vendrá de casa de Muhlingk? ¡Como lo cuidan tanto!

SRA. HEINECKE.—Naturalmente.

ROBERTO.—Del amigo Conrado, ¿no es verdad?

SRA. HEINECKE.—Justo.

ROBERTO —(*Con ira.*) Pues bien, ahí lo tienen. (*Lo tira con tanta violencia al suelo que lo hace astillas y arroja los pedazos á sus pies.*)

SRA. HEINECKE. —(*Lloriqueando.*) ¡Mi pobre

sillón! (*Se arrodilla y va cogiendo los trozos y llevándolos hacia la izquierda. Luego se deja caer sobre el taburete.*)

HEINECKE.—¡Verdaderamente, eso es inaguantable! (*Qeiere salir por la derecha.*)

ROBERTO.—(*Impidiéndoselo.*) ¿Quieres devolver ese dinero, la paga deshonrosa? ¿Si ó no?

HEINECKE.—Eso, ni pensarlo.

ROBERTO—¡Pues entonces, nada tengo ya que ver contigo! ¡Ni contigo tampoco, madre! ¿Con que ha venido uno al mundo deshonrado, con el sambenito de una mancha indeleble? ¡Bien está! Pero, si estaba escrito que yo viese la luz, ¿por qué no me dejaron pudrir en el fango en que nací, ya que en él me he de arrastrar siemqre porque así lo quiere mi honrada familia?

AUGUSTA.—¿Lo oyes madre? ¡Y ese ha sido siempre tu preferido!

ROBERTO.—No, madre. (*Se arrodilla junto á ella).*) Haz cuenta de que no he dicho nada, porque cuanto ha salido de mis labios es una locura. Paréceme que nada humano queda ya en mí. ¡Piedad, madre! Ven conmigo. ¡Tú puedes salvarnos á los dos!

SRA. HEINECKE.—(*Sollozando.*) ¿Intentarás también romperme el espejo?

ROBERTO.—(*Lanza una mirada vaga al espejo; luego se levanta.*) No, no hablamos la misma lengua.... Imposible comprendernos....

MICHALSKI.—(*Que en voz baja, se ha puesto de acuerdo con Heinecke, coge á Roberto por los hombros.*) ¡Basta de insultos! ¡Fuera de aquí!

ROBERTO.—(*Rechazándolo con violencia.*) ¡Atrás! (*Mira á su padre y á sus hermanas que le rodean lanzando exclamaciones de có-*

lera; luego lanza una carcajada estridente.) ¡Muy bien! Me echan.

MICHALSKI.—*(Abriendo de par en par la puerta.)* ¡Fuera de aquí!

ESCENA XIII

Dichos, el barón de TRAST, parado en el umbral.

TRAST.—*(Tocando en el hombro á Michalski.)* Muchas gracias por tan amable acogida.

ROBERTO.—*(Al verlo da un grito y extiende los brazos como para rechazarlo.)* ¿A qué vienes aquí á este tugurio? ¿Sabes bien lo que somos? ¡Nos vendemos por dinero! ¡Oh! no me mires... No puedo resistir tu mirada. *(Se oculta el rostro entre las manos gimiendo. Alma, llena de confusión al ver á Trast. se marcha. Michalski y Augusta entran tras ella en la cocina.)*

TRAST.—Un poco de calma. ¿Qué ha pasado?

HEINECKE.—*(Con la gorra en la mano.)* Se ha portado como un mal hijo, señor barón. Al principio quería llevarnos á las Indias... Después no quería que cogiéramos el dinero... Pero yo voy á cobrarlo enseguida. Son cincuenta mil marcos, ni un pfennig menos, señor barón. Beso á usted la mano, señor barón. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA XIV

TRAST, ROBERTO, Señora HEINECKE.

TRAST.—Bien, bien; comprendido *(Poniendo la mano sobre el hombro de Roberto.)* ¿Ha venido el señor Muhlingk?

ROBERTO.—¡Dios te lo pague, amigo mío!... Ese nombre es el que yo buscaba.

TRAST.—¿Qué piensas hacer?

ROBERTO.—Me piden cuentas. Las tendrán.

(Se dirige rápidamente hacia el fondo, abre la maleta y se pone á buscar muy agitado.)

SRA. HEINECKE.—Dé usted gracias á Dios por no haberse casado, señor barón. ¡Qué ingratos son muchos hijos!

TRAST.—(*Aparte.*) Hablas por boca de una madre, estúpida necedad. (*Reponiéndose.*) ¡Caramba! No sé si estoy en lo cierto.

SRA. HEINECKE.—¿Verdad que tengo razón?

TRAST.—(*Cogiéndole las manos.*) Una madre siempre tiene razón, porque ha amado y sufrido mucho.

SRA HEINECKE.—¿Y á mí me da usted la mano... señor barón, á una pobre vieja?

TRAST.—He pecado contra las madres y quiero lavar mi falta. De la mía necesito, sobre todo, el perdón. Créame, hay hijos mucho peores que el suyo, mi buena señora. (*Roberto ha cogido una cartera, hojeando varios papeles y colocándolos á un lado. Luego, después de buscar algún tiempo saca un revólver y lo examina.*) ¡Ah, un revolver! ¡Vaya un modo de rendir cuentas!

ROBERTO.—(*Viendo que le miran guarda el revólver en el bolsillo interior de la americana, luego toma el sombrero y se adelanta con la cartera bajo el brazo.*) Listos, me marcho.

TRAST.—Pues te acompañaré.

ROBERTO.—¿A mí?

TRAST.—¿Me niegas ese derecho?

ROBERTO.—(*Después de vacilar un momento.*) Bien. vamos.

SRA. HEINECKE.—(*Con ternura y lágrimas en los ojos.*) ¡Roberto!

ROBERTO.—(*Tratando de reprimir su emoción.*) Volveré á decirte adios... madre. Ahora tengo mucho que hacer. (*Se dirige hacia la puerta. Trast le sigue.*)

TELON

ACTO CUARTO

La misma decoración del segundo acto.

ESCENA PRIMERA

TRAST, ROBERTO, (con una cartera bajo el brazo), y WILHELM.

WILHELM.—(*Bajo, á Trast.*) He recibido orden terminante de no recibir al señor Heinecke.

TRAST.—¿Ni á mí tampoco?

WILHELM.—¡Oh! cuanto al señor barón es muy distinto.

TRAST.—¡Me honra esa confianza! El señor Heinecke viene conmigo. Yo respondo de todo. Esperaremos aquí al señor consejero.

WILHELM.—Pero...

TRAST.—¿Que prefiere usted, oro ó billetes? (*Buscando en el bolsillo.*) ¿No hay nadie en casa?

WILHELM.—El señor consejero ha bajado á la fábrica. La señora tiene jaqueca. La señorita ha salido y el señorito Conrado también.

TRAST.—¿Juntos?

WILHELM.—No, señor; no salen juntos nunca. El señorito Conrado quería dar contraorden á los amigos suyos que estaban convidados por... (*Con la mirada indica á Roberto.*)

TRAST.—(*Dándole dinero.*) Bien está.
WILHELM.—¿Manda algo más el señor barón?
TRAST.—Déjenos. (*Wilhelm sale inclinándose.*)

ESCENA II

TRAST, ROBERTO.

TRAST.—Acércate, amigo mío.
ROBERTO.—¿Qué quieres?
TRAST.—¿Yo? Ya sabes que nunca quiero nada. Me dejo arrastrar siempre por las circunstancias. Pero, vamos á ver, ¿á qué vienes á esta casa?
ROBERTO.—Vengo á presentar mis cuentas.
TRAST.—No hay duda. Ya lo sabíamos. Pero, como tengo para mí que no has de aceptar el apretón de manos que en semejantes circunstancias se concede con aparatosa magnanimidad á un honrado obrero, no sé por que no envías tus libros al escritorio... y luego... basta.
ROBERTO.—Tienes razon sería muy sencillo.
TRAST.—Vamos, permita que te siga hablando como buen amigo.
ROBERTO.—Si, habla habla.
TRAST.—Corres detrás de un fantasma.
ROBERTO.—¿De veras?
TRAST.—Nadie ha ofendido tu honor.
ROBERTO.—¿De veras?
TRAST.—No está en manos de nadie eso.
ROBERTO.—¡Cierto, cierto!
TRAST.—Lo que llamas tu honor, mezcla de probidad y orgullo, lo que has conquistado por medio de toda una vida de moralidad y de deber intachables, no te lo puede arrebatar un bribón, como nadie es capaz de arrebatarte ni tu juicio ni tu bondad. O convive siempre contigo, ó no existe. Y por lo que hace á ese otro honor que cualquier

pisaverde presuntuoso puede ofender con un simple guante, me parece que nada tiene que ver contigo... Todo lo más, puede servir de espejo á los imbéciles, de juguete á los holgazanes y de bandera á los aventureros.

ROBERTO.—Hablas como hombre que hace de tripas corazón.

TRAST.—Es muy posible, porque no hay virtud que no dependa de la necesidad.

ROBERTO.—¿Y mi familia?

TRAST.—Pero si ya no tienes familia. (*Roberto agobiado de dolor oculta el rostro entre las manos.*) Comprendo ese dolor. Son las contracciones nerviosas que se sienten en el miembro amputado. Pero no te hagas ilusiones, aunque todavía sientas dolor en el dedo, puedes estar seguro que la pierna no existe ya.

ROBERTO.—¡B en se ve que no has tenido nunca una hermana!

TRAST.—¿Será preciso que el aristócrata enseñe al plebeyo á ser indulgente con los humildes? No desprecies á los tuyos. No digas que son peores que tú y que yo. Son diferentes, eso es todo. Desconoces su manera de sentir y es imposible que comprendas su modo de ver las cosas. Sería gran presunción condenarlos por esto, y una estrechez de miras impropia de nosotros. Y sábelo de una vez, amigo mío: en tu lucha con los tuyos, el único equivocado has sido tú, desde el principio hasta el fin.

ROBERTO.—¿Y tú me dices eso?

TRAST.—Me he tomado esa libertad... Llegas de un país lejano en donde, al contacto diario con los gentilmens has cambiado muchas veces la piel; ¿y ahora pretendes que los tuyos, por el cariño que te profesan,

abandonen sus atavismos de la noche á la mañana? Pides demasiado, amigo mío... Por otra parte, la familia Muhlingk ha devuelto el honor á tu hermana; me refiero al honor que puede serle útil, porque en este mundo todo tiene su valor. El honor de los ricos se paga algunas veces con sangre; fíjate, algunas veces; y el de los pobres se restituye *in integrum* con un pequeño capital. *(Roberto hace un movimiento de cólera contra él.)* No te enfades... aun no he concluído. ¿Qué sentido puede tener aquí la virginidad—no teniendo otro fin que el matrimonio—sino el de garantizar al futuro esposo una cierta dote de pureza, de sinceridad y de afecto? Pues bien, pregunta á los de tu clase si tu hermana, con el capital que ahora tiene, no es hoy un partido como jamás soñó en su vida.

ROBERTO.—Eres duro, eres cruel.

TRAST.—Duro como la naturaleza, cruel como la verdad. Sólo los perezosos y los cobardes fabrican idilios á su alrededor. Pero tú nada tienes que ver con todo eso. Dame la mano, sacude el polvo de tus zapatos en el umbral paterno, y no vuelvas más la cabeza.

ROBERTO —Ante todo, quiero obtener una satisfacción personal.

TRAST.—¿Quieres, pues, batirte á todo trance con él?

ROBERTO. — Ya había desechado ese pensamiento; pero ahora lo quiero, sí, lo quiero.

TRAST.—No hagas tonterías.

ROBERTO.—¡Tonterías! Es muy posible. Tal vez por que salgo del pueblo y por que las ideas de honor me vienen, por decirlo así, de fuera, es por lo que no puedo elevarme á la altura de tus reflexiones. Déjame,

pues, correr á mi perdición con la estrechez de mis ideas.

TRAST.—¿Y si él no quiere?

ROBERTO.—Sabré obligarlo.

TRAST.—¡Ah! ah! (*Aparte.*) Para eso es el revólver. (*Alto.*) Una palabra: Si estás resuelto á que Conrado te mate de un balazo, es preciso que no tenga pretexto alguno para rehusar el lance.

ROBERTO.—¡Oh, Dios! Sí, tienes razón.

TRAST.—(*Sacando la cartera.*) ¿Tendrás escrúpulos..?

ROBERTO.—Tanto has hecho ya por mí que sería una tontería rehusar.

TRAST.—(*Dándole un cheque.*) Toma.

ROBERTO.—¿Y si no pudiera pagarte nunca?

TRAST.—Lo inscribiría en el gran libro de la amistad. (*Acariciándole la cabeza.*) ¡Bah! Las cosas no se presentarán tan mal. Pero apuesto á que has olvidado algo muy importante.

ROBERTO.—¿Qué?

TRAST.—¡Lenora.

ROBERTO.—(*Agitado*) No me hables de ella.

TRAST.—¿La amas?

ROBERTO.—No te responderé.

TRAST.—¿Estará escrito que no pueda ver en ti más que el matador de su hermano?

ROBERTO.—Más vale eso que pensar en un hombre deshonrado.

TRAST.—(*Irguiéndose.*) ¿Acaso no soy yo también de los deshonrados? ¿Acaso no conoces bien mi valor? ¿No llevo la cabeza tan alta como el que más? Debieras estar avergonzado!

ROBERTO.—(*Después de un silencio.*) Perdóname, Trast.

TRAST.—¡Perdonarte! ¡Qué tontería! Te quiero y ya está dicho todo.

ROBERTO.—No... me... batiré.
TRAST.—¿Palabra?
ROBERTO.—Palabra.
TRAST.—Pues vamos.
ROBERTO.—¿A dónde?
TRAST.—No lo sé. A cualquier parte.
ROBERTO.—Espera. No quiero privarme de la alegría de arrojar este dinero á los pies de nuestro generoso bienhechor.

ERCENA III

Dichos, WILHELM.

WILHELM.—El señor consejero está en su despacho.
TRAST.—(*Aparte.*) Conrado no ha vuelto.... Bien va.
ROBERTO —(*Cogiendo la cartera.*) Voy.
TRAST.—Bueno; enseguida iré yo.
ROBERTO.—¿A quién esperas?
TRAST.—No te ocupes de eso. Escucha. (*Bajo.*) Dame antes el revolver.
ROBERTO.—¿Cómo lo sabes?
TRAST.—Lo dice muy claro tu bolsillo.
ROBERTO —Te suplico que me lo dejes. ¿No tienes confianza en mí?
TRAST.—No quisiera que te acordaras de la historia de Pepe.
ROBERTO.—Aunque no tengamos honra, ¿no podremos ya tener palabra de honor?
TRAST.—Adelante; guárdalo. (*Roberto sale seguido de Wilhelm. Trast quiere seguirle; luego se para.*) Después de todo podría ser una imprudencia... Si por casualidad llega ese tunante de Conrado ya procuraré detenerlo. Pero, ahora no se trata de eso.

ESCENA IV

TRAST. LENORA, con traje de invierno, sombrero, abrigo, y manguito, entra por la derecha.

LENORA.—(*Tendiéndole la mano con animación.*) ¿Sabe usted de donde vengo, caballero? De su casa de usted. (*Echa el abrigo y el manguito sobre una silla.*) ¿Le asusta á usted mi atrevimiento? A usted sólo puedo acudir para saber lo que aquí pasa. Mi hermano estaba á punto de causar la desgracia de esa joven. Lo temía, lo sospechaba. ¿Sabía algo su amigo de usted?

TRAST.—Si no fuera más que eso.

LENORA.—¿Qué más puede haber?

TRAST.—No sé cómo explicar á una señorita...

LENORA.—Puede usted hablar.

TRAST.—Pues bien; sus padres de usted han pensado que para hacer olvidar á esa pobre gente su deshonra, lo más sencillo era digirse á su pobreza.

LENORA.—Voy comprendiendo. ¿Han pagado la ruptura entre mi hermano y la chica? (*Trast hace signos de que sí.*) ¡Oh, Dios mio!

TRAST.—No quiero ser juez en este asunto. Por lo demás, es el medio más eficaz corriente para poner fin á esta clase de relaciones..... Pero, temo por nuestro amigo.

LENORA.—(*Con el rostro entre las manos.*) ¿Cómo podré hacerle olvidar tanta amargura?

TRAST.—¿Cree usted tener esa obligación?

LENORA.—Sí. Todo mi ser se subleva contra el abominable espíritu que reina en esta casa. ¡Pagar, siempre pagar! Lo pagamos todo: honor, deber, amor. Podemos hacerlo: ¡somos ricos! (*Se deja caer en una silla.*

Luego se levanta bruscamente.) Perdone usted; no estoy en mi juicio. Hablo de los mios como si fueran extraños.

TRAST.—Tal vez más extraños de lo que usted piensa.

LENORA.—*(Desconcertada.)* ¡Ah! ¡Si eso fuese verdad! (*Ve á Trast escuchando.*) ¿Qué hay?

TRAST.—¿No es la voz de su hermano?

LENORA.—*(Junto á la puerta.)* Sí, él es, con dos amigos.

TRAST.—(*Aparte.*) No debí dejarle el revólver. (*Alto, tomando el sombrero.)* ¿Irá al escritorio?

LENORA.—No; creo que viene hacia aquí.

TRAST.—*(Dejando otra vez el sombrero.)* Muy bien. Aquí le esperaré Una súplica señorita. Hoy sale mi amigo de esta casa conmigo, mañana de la ciudad, y muy pronto de Europa

LENORA.—¡Dios mío!

TRAST.—Por lo tanto, desearía evitar á toda costa una entrevista entre él y su hermano de usted. Pero si esto llegara á suceder, muy á pesar mío, le suplico que esté usted delante.

LENORA.—*(Dice que sí. Voces á la puerta. Se apresura á salir por la izquierda; volviéndose.)* ¿Qué debo hacer?

TRAST.—Ser fiel á usted misma.

LENORA.—Cuente conmigo .. *(Vase.)*

ESCENA V

CONRADO, LOTARIO, HUGO, TRAST.

CONRADO.—*(Sorprendido.)* ¿Usted, caballero?

LOTARIO.—(*Bajo á Hugo.)* ¡Fortuna haberle acompañado!

TRAST —Si usted no lo tiene á mal, hablaremos un poco.

CONRADO.—Tengo el tiempo contado, caballero; mi padre me espera...

TRAST.—(*Aparte.*) ¡Oh! ¡oh! *(Alto.)* Se trata de una súplica nada más.

CONRADO.—No tengo secretos para mis amigos...

TRAST.—Alguien, con cuya amístad me honro, ha recibido de usted grave ofensa para su honor. Pero, por consejo mío y por el cariño que me profesa, renuncia á pedirle á usted una reparación.

CONRADO.—Se engaña usted, caballero. El señor Heinecke ha recibido ya la debida reparación.

LOTARIO.—La única que podíamos concederle.

TRAST.—(*Midiendo á Lotario con la mirada.)* Dejemos esa cuestión, señor Muhlingk. En este momento, mi amigo está hablando con su señor padre... Tenía que presentarle cuentas.

CONRADO.—Si eso le place...

TRAST.—También buscaba ocasión de hablarle á usted.

CONRADO.—Nada más fácil.

TRAST.—Dentro de una hora habrá dejado esta casa mi amigo, y, por la legítima emoción que experimenta, sería preferible que ustedes dos evitaran un encuentro.

LOTARIO.—Caballero, jamás la cobardía ha encontrado eco en un corazón alemán.

TRAST.—(*Con frialdad.)* Señor subteniente, no hablo con usted... Reflexione usted, señor Muhlingk. Por simpatía, seguramente, me complazco en reconocerlo, hay aquí quien toma muy á pecho los asuntos de usted. Yo puedo hablarle como amigo: No se deje usted arrastrar por los arranques de estos señores.

HUGO.—No, no te dejes arrastrar por nosotros.

TRAST.—Siga usted el generoso sentimiento que le inclina á no prevalerse del daño que ha hecho á ese hombre. ¿Calla usted? ¿No es verdad que accede á mi súplica?

LOTARIO.—(*Detrás de él, bajo.*) Sí, pero correctamente.

CONRADO.—Me callo, caballero, porque no encuentro palabras para expresar como es debido la admiración que me causa su extraña conducta de usted.

LOTARIO.—(*Detrás de él, bajo.*) ¡Muy bien! ¡Muy bien!

CONRADO.—Y tengo derecho á preguntarle qué es lo que le autoriza á manifestar, en mi propia casa, semejantes pretensiones.

TRAST.—¿Y no las admite usted?

CONRADO.—Ya podía usted suponerlo.

LOTARIO.—(*Bajo.*) Más seco, más seco.

TRAST.—(*Aparte.*) Ahora, los grandes recursos. (*Alto.*) Si, esperaba de usted otra conducta, porque creía que iba á tratar con un hombre de honor... Pero me he equivocado, perdone usted.

CONRADO —¡Caballero! Eso es...

TRAST.—¿Un insulto? Pues sea.

CONRADO.—Del que me dará usted satisfacción.

TRAST.—Con mucho gusto.

CONRADO.—Mañana sabrá usted noticias mías.

TRAST.—¿Tampoco tiene usted tiempo en su casa para arreglar estos asuntos? Tengo la costumbre de lavar las injurias en el acto.

CONRADO.—(*Con voz ahogada.*) ¡Esto es demasiado!

TRAST.—(*Aparte.*) ¡Gracias á Dios! (*Alto.*) Pues bien, vamos.

LOTARIO.—(*Interviniendo.*) Seamos correctos siempre, amigo Conrado. Como ofendido, nada tienes ya que ver con este caballero.

(Con arrogancia.) Ante todo, señor mío, el código del honor exige que, tanto el ofendido como el ofensor, dispongan de veinticuatro horas para arreglar sus asuntos. Nosotros—es decir, mi cliente y yo,—reclamaríamos ese derecho—y vengo al segundo punto—si no debiésemos renunciar al placer de pedirle una satisfacción, porque ha de saber, caballero, que usted no nos ha ofendido.

TRAST.—¡Ah!

LOTARIO.—Por desgracia, no es usted de los que pueden ofender.

TRAST.—*(De buen humor)* ¿De veras?

LOTARIO.—Recuerde usted que el barón de Trast Saarberg fué expulsado ignominiosamente del ejército el 25 de Junio de 1864 por no haber pagado las sagradas deudas del juego. Consta así en el archivo del regimiento. Conque... caballero... *(Saluda con desvío.)*

TRAST.—*(Lanzando una carcajada.)* Muchísimas gracias por la lección. Bien la he merecido... porque la inconsecuencia es una falta grave. Y, ante todo, ahora sé una cosa. Por muy alto que crea estar uno sobre el honor moderno, debería seguir siendo su esclavo, aunque no fuera más que para sacar de un atolladero á un pobre amigo. Tengo el honor, caballeros... es decir, no, no lo tengo, ustedes no me lo conceden. Sólo me queda el placer de despedirme de ustedes, un verdadero placer. *(Se inclina riendo y vase.)*

ESCENA VI

CONRADO, LOTARIO, HUGO.

HUGO.—Pues aquí nos quedamos con nuestro honor, y así y todo se burlan de nosotros.

LOTARIO.—Nos hemos conducido muy correctamente.

HUGO.—Sí, Lotario, pero ¡el café! ¡el café!

LOTARIO.—Hay que sacrificar algo al honor, querído. Muy satisfecho estoy, amigo Conrado, de haberte podido prestar ese servicio. ¿Qué hubieras hecho sin mí? Bueno, hasta la noche.

CONRADO.—¿Salen ustedes?

LOTARIO.—Sí.

CONRADO.—Pues les acompaño.

LOTARIO.—¡Oh! Parece que evitas un encuentro con el terrible hermano.

CONRADO.—¡Vaya una idea!

LOTARIO.—¿Prefieres que el barón se ría de ti? Tu deber es ahora provocar un encuentro.

CONRADO.—¡Ah! eso no.

LOTARIO.—Ese es tu deber. A menos que no quieras pasar por un cobarde.

ESCENA VII

Dichos, MUHLINGK, entrando por el fondo con sombrero y abrigo: detrás de él WILHELM.

MUHLINGK. — (*Dando el abrigo á Wilhelm.*) ¿Qué pretenderá ese individuo metiéndose en mi despacho? Buenos días, señores... Que deje los libros y que se vaya al infierno. (*Wilhelm sale.*) ¿Por qué huyes de mí, Conrado? Ya sabes que tenemos que hablar un poco.

CONRADO.—(*A sus amigos.*) Va á caer sobre mí una buena rociada... Márchense.

HUGO.—Señor consejero, dispénsenos urted, asuntos...

MUHLINGK.—Ya, ya, comprendo. Con Dios, señores. Lo siento mucho. Adios.

ESCENA VIII

MUHLINGK, CONRADO.

MUHLINGK.—Gracias á Dios, he logrado arreglar eso. Algunos sacrificios me ha costado. A tu cuenta irán. Hablemos de la cuestión moral.

ESCENA IX

Dichos, la Señora MUHLINGK, por el fondo. Luego LENORA, por la izquierda.

CONRADO.—*(Aparte.)* ¡Bueno! ¡También mamá! Será lucido.

SRA. MUHLINGK.—¡Oh! ¡Conrado! ¡Conrado!

CONRADO.—Sí, mamá.

SRA. MUHLINGK.—*(Sentándose.)* ¡Cuántos disgustos das á tus padres, hijo mío! ¡Y pensar que tu padre ha tenido que tratar con semejante gente! ¡Que vergüenza! ¡Qué humillación para nosotros! *(A Lenora que entra.)* ¿Qué vienes á hacer aquí?

LENORA.—Deseo hablar á usted.

MUHLINGK.—Ahora no. Puedes ir á tu cuarto.

LENORA.—No, papá. En estas circunstancias no debo callar. Y puesto que, como los demás, soy de la familia, quiero tener también voz y voto.

MUHLINGK.—¿Qué significa ese tono?

LENORA.—Ha ocurrido hoy en casa un hecho lamentable.

MUHLINGK.—Que yo sepa...

LENORA.—De nada sirve el disimulo. Para ajustarse á las leyes de la hipocresía que

nos imponen á los jóvenes, deberíamos cerrar los ojos y fingir que nada comprendemos. Pero, en este caso, es imposible. Todo lo sé.

SRA. MUHLINGK.—¿Y no te da vergüenza?

LENORA.—*(Con amargura.)* Mucha.

MUHLINGK.—¿Sabes con quien hablas? ¿Has perdido el juicio?

LENORA—Dispénsenme si hablo en tono desusado. No quiero irritarlos, sino conmoverlos. Tal vez haya sido yo una mala hija; tal vez no deba tener ni una sola idea mía, ya que no me gano el pan con mis propias manos. Si así es, les ruego que me perdonen. Haré cuanto me sea posible para que olviden... Pero tengan compasión, devuélvanle su honor.

MUHLINGK.—Ni siquiera quiero preguntarte por qué te interesas por ese joven. Pero, vamos á ver: ¿qué quieres decir con devolverle su honor?

LENORA.—¡Dios mío! Si quieren ustedes reparar la ofensa. con buena voluntad se encontrará algún medio.

MUHLINGK. —¿Lo crees? Siéntate, hija mía. Fiel á mis costumbres, quiero también esta vez echar mano de la dulzura y tratar de convencerte trayéndote á la razón, si bien una reprimenda severa hubiera estado más en su lugar. Mira mis canas. Mucho honor se ha acumulado en ellas, y, sin embargo, jamás me he preocupado de lo que llaman el sentimiento del honor. ¡Ah! si supieras cuanto hay que sufrir en este mundo sin exhalar una queja cuando se quiere medrar! Bien, ahí tenemos ahora á un joven á quien, según tú, he arrebatado el honor. Supongamos que tienes razón. Deploro, como el que más, la ligereza de tu hermano.

Pero, ¿de donde sacas tú que ese joven tenga honor? ¿De qué parte le viene? ¿De su familia? ¿De mi casa de comercio? Mis empleados no son caballeros de Malta... En fin, tú crees que tiene honor y que yo debo devolvérselo... ¿Por qué medio? ¿Haciendo de esa chica mi nuera?

SRA. MUHLINGK.—Ni en broma puedo sufrir que digas eso.

MUHLINGK.—Sería causar la desgracia de todos nosotros. Por el contrario, ese joven puede sacar partido de todo eso. Si no le da la gana de hacerlo, y puesta así la cuestión: ¿quién debe en realidad ser desgraciado, nosotros ó él? Respondo sin vacilar que él, porque malditas las ganas que tengo yo de serlo. Así he obrado toda mi vida, y todos me consideran como un hombre de honor.

LENORA.—(*Levantándose.*) ¿Es tu última palabra, padre?

MUHLINGK.—La última. Y ahora, abrázame y pide perdón á tu madre.

LENORA.—(*Retrocede temblando.*) Déjame, ¡no puedo mentir!

MUHLINGK.—¿Qué significa eso?

LENORA.—Veo que no tengo razón. Comprendo que les pido un imposible. Para colocarme á su altura sería preciso que yo viera las cosas de un modo muy diferente, pero... (*Se detiene de pronto y escucha. Se oyen voces en el corredor.*)

MUHLINGK.—¿Pero... qué?

LENORA.—(*Aparte.*) El es. (*Alto.*) Pero... ¡oh! ¡no puedo más!

ESCENA X

Dichos, WILHELM

WILHELM.—El hijo del señor Heinecke. *(Movimiento de terror en Conrado.)*

MUHLINGK.—¿No le ha comunicado usted mis órdenes?

WILHELM.—Con toda exactitud, señor Consejero de Comercio; pero ha salido del despacho tras de mí.

MUHLINGK.—Es una audacia inaudita... Si en el acto no se...

CONRADO.—Dispensa. Tal vez viene á dar las gracias..... Le sobran razones para hacerlo.

MUHLINGK.—Esta clase de gente no agradece nada.

CONRADO.—Además, te ha de entregar dinero.

MUHLINGK.—Cierto que sí.

CONRADO.—Tal vez las cuentas no anden muy bien, y cuando ya esté lejos...

MUHLINGK.—¡Sea! Que entre. (*Vase Wilhelm.*)

SRA. MUHLINGK.—Vámonos, Lenora.

LENORA.—(*Con viveza y voz sorda.*) ¡Conrado!

CONRADO.—¿Qué hay?

LENORA.—¡Ten cuidado!

CONRADO.—(*Tratando de disimular su ansiedad.*) ¡Bah! (*Vase la señora Muhlingk y Lenora.*)

MUHLINGK.—(*A Conrado.*) Siéntate. Es más propio.

ESCENA XI

CONRADO, MUHLINGK, ROBERTO. Roberto entra muy tranquilo en apariencia, en actitud de un empleado respetuoso, con la cartera bajo el brazo.

MUHLINGK.—Esa insistencia es un poco exagerada, señor mío... Pero, en fin, no debemos censurar el celo en el cumplimiento del

deber, y mucho menos tratándose de un empleado que va á dejar su puesto. Tenga usted la bondad de sentarse.

ROBERTO.—Si usted me lo permite, permaneceré de pie.

MUHLINGK.—Como guste... Ayer tuve noticias de mi sobrino... Parece que todo va bien. Es verdad que se divierte un poco, tal vez más de lo conveniente, según me ha dicho el barón de Trast... Pero, ¡bah! los jóvenes tienen eso en la sangre... ¿Supongo que traerá usted las cuentas de fin de año?

ROBERTO.—Sí, señor.

MUHLINGK.—¿Y.. ?

ROBERTO.—(*Hojea la cartera, saca un papel y se lo da por encima de la mesa.*) Aquí están.

CONRADO—(*Con indiferencia.*) ¿Puedo mirar yo también?

MUHLINGK.—Si, si... O mejor. ¿Tiene usted copia?

ROBERTO.—Aquí está.

MUHLINGK.—Désela usted á mi hijo. (*Conrado se adelanta hacia Roberto. Los dos, frente á frente, se miden con la mirada.*) A lo que veo, así á primera vista, parece que han ido bien los negocios. El beneficio líquido asciende á ..

ROBERTO.—(*Mirando su cartera*) A 197.585 marcos.

MUHLINGK.—8-1-3- -8. Exacto, 197,585 marcos, con 90 pfennigs. ¿Has hecho el cálculo Conrado?

CONRADO.—585.90. Si papá.

MUHLINGK.—¡Jum! ¿Cómo es que el café produce tan poco?

ROBERTO.—(*Entregándole un papel*). Aquí está la cuenta detallada. Tuve la suerte de prever la crisis que iba á producir la compe-

tencia del Brasil, y planté de té las cinco sextas partes del cultivo.

MUHLINGK.—¿Usted?

ROBERTO.—Yo, señor consejero de Comercio,

CONRADO.—Es extraordinario.

MUHLINGK.—¿Y la corteza de quinina?

ROBERTO.—Aquí está la cuenta. *(Le da otra hoja)*.

MUHLINGK.—No es muy brillante que digamos. ¿De dónde viene, pues, este hermoso balance?

ROBERTO.—Los ensayos de cultivo de tabaco en Sumatra dieron beneficios. *(Le presenta una hoja)*. Pero, sobre todo, las nuevas plantaciones de té.

MUHLINGK.—¿Hizo usted el ensayo por iniciativa propia?

ROBERTO.—Del todo no. Seguí los consejos de mi amigo el barón de Trast.

MUHLINGK.—¿Y mi sobrino aprobó esa operación?

ROBERTO.—Demasiado tarde, si señor.

MUHLINGK.—Tienes razón, Conrado, es muy extraordinario.

ROBERTO.—¿Desean otra cosa los señores?

MUHLINGK.—Al oirle á usted cualquiera creería que dirigía usted á su gusto mi casa de Java. ¿Cómo se explica eso?

ROBERTO.—Tenía poderes de usted señor consejero.

MUHLINGK.—¿Y dónde estaba mi sobrino?

ROBERTO.—No podría decírselo con seguridad.

MUHLINGK.—¿No iba al despacho todos los días?

ROBERTO.—No señor.

MUHLINGK.—*(Cada vez más alterado)*. ¿Pues cuando iba?

ROBERTO.—Cuando llegaba el correo de Hamburgo por el que recibía dinero.

CONRADO.—¿Quiere usted decir con eso que mi primo abandonaba sus obligaciones?

ROBERTO.—No quiero decir más que lo que he dicho.

MUULINGK.—Tenga la bondad de explicarse.

ROEPTO.—Me es imposible hablar de la vida privada de mi antiguo principal.

CONRADO.—Pero le es posible calumniarlo.

ROBERTO.—(*A punto de exaltarse, se domina.*) ¿Desean preguntarme algo más?

MUHLINGK.—¿Cuánto ha traido usted en dinero?

ROBERTO.—Tengo letras contra varios bancos por valor de novecientos mil florines. Aquí están.

MUHLINGK.—Repasa, Conrado... (*Conrado y Roberto se vuelven á encontrar cara á cara; juego de escena muda. Conrado toma las letras de manos de Roberto y las examina.*)

ROBERTO.—¿No hay nada más, señor consejero?

MUHLINGK.—Ahora, mi señor... Heinecke, le deseo mucha suerte en su futuro empleo. Siga usted portándose bien, y no olvide lo que debe á la casa Muhlingk.

ROBERTO.—No, señor consejero, no lo olvido. Aquí están los cincuenta mil marcos que tuvo la bondad de dar á mi padre.

MUHLINGK.—Ese dinero es un regalo y no un préstamo.

ROBERTO.—Sin embargo, me creo en el deber de devolvérselo.

MUHLINGK.—¿Por encargo de su padre?

ROBERTO.—De ningún modo.

MUHLINGK.—¿Estonces es de usted ese dinero?

ROBERTO.—Sí, señor.

MUHLINGK.—¡Ah! ¡ah!

CONRADO.—¿No te parece raro, papá, que el

señor Heinecke haya podido hacer semejantes economías?

ROBERTO.—(*Reflexiona un instante, y comprendiendo el sentido de las palabras, lanza un grito, se precipita sobre Conrado con el revólver en la mano, y lo coge por la garganta.*) Retira esas palabras, miserable, retíralas.

MUHLINGK.—¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA XII

Dichos, LENORA, luego la Señora MUHLINGK.

LENORA. — (*Precipitándose*). ¡Roberto! ¡Ten piedad! (*Roberto deja caer el arma y retrocede vacilando con la cara entre las manos. Conrado, jadeante, se deja caer sobre un sillón.*)

SRA. MUHLINGK. — (*Llegando por el fondo.*) ¿Qué pasa? ¡Conrado! (*Corre hacia él.*) ¡Socorro! ¡Al asesino! ¿Pero no llamas?

MUHLINGK.—¡Calma! ¡Calma! Ya no hay peligro. ¿Qué espera usted ahí? Salga usted.

ROBERTO.—Como un ladrón, ¿no es verdad? (*Movimiento de Lenora.*) Sí, sépalo usted, Lenora, he hecho economías, soy un ladrón.

LENORA.—¡Dios mío! ¿Qué quiere decir eso, padre?

ROBERTO.—¡Bien está! Ya que tratamos de cuentas, vamos á arreglar las de la rica casa de Muhlingk con los miserables del fondo del patio. Trabajamos para ustedes; les damos nuestro sudor y nuestra sangre; y, mientras tanto, ustedes seducen á nuestras hermanas y á nuestras hijas, y pagan luego nuestra afrenta con el mismo dinero que hemos ganado para ustedes. ¡Y á esto lla-

man ustedes favores! He consumido mis fuerzas en provecho de ustedes sin pedir recompensa alguna. Les veneraba como se venera á los santos; eran mi fé y mi religión. ¿Y cual era vuestra conducta? Robarme el honor de mi familia, sí, el honor, porque era honrada, aunque viviera en un rincón del patio; robarme el cariño de los míos, porque, por miserables y bajos que sean, los quiero; robarme el hogar; robarme el amor del prójimo y la confianza en Dios; robarme la luz divina... ¡Oh! sí, vosotros sois los ladrones, los verdaderos ladrones!

MUHLINGK. — (*Después de un corto silencio.*) ¿Será preciso que vengan mis criados á echarle...?

LENORA.— (*Interponiéndose*) Eso no, padre.

MUHLINGK,—¿Como? ¿Tú?

LENORA.—Saldrá de aquí con entera libertad, con la cabeza alta. De lo contrario, échame á mí también.

ROBERTO.—¿Qué hace usted, Lenora?

LENORA.—¿No tendrás, padre, ni una palabra de consuelo para él?

MUHMINGK.—¡Estás loca!

ROBERTO.—Deje usted, Lenora... Mientras viva pensaré en usted con reconocimiento. Al separarme de usted pierdo una vez más lo que se llama el hogar... Bendita sea por lo que... ¡Adios! (*Se dirige hacia la puerta.*)

LENORA.—(*Da un grito apasionado y se arroja á él.*) No te vayas... No me dejes... Y si es preciso partir, llévame contigo.

ROBERTO.— ¡Lenora!

MUHLINGK.—¿Qué signi...?

LENORA.—No me dejes sola. Me hielo entre estas paredes. Tú eres mi hogar... ¡Siempre

lo has sido! Ya ves, me he arrojado á tu cuello no puedes rechazarme.

MUHLINGK.—¡Qué escándalo!

LENORA.—Padre mío, es inútil irritarse. Amo á este hombre. A cambio de lo que ustedes le han arrebatado, yo le doy lo que tengo. *(Vuelta hacia Roberto.)* Bien es verdad que no poseo más que mi persona... Si la quiere...

ROBERTO.—¡Lenora!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, TRAST.

TRAST.—¿Qué pasa?

LENORA.—*(Corriendo hacia él.)* Gracias, amigo mío. Me ha enseñado usted el camino recto. Formemos un nuevo hogar, Roberto, nuevos deberes.

ROBERTO.—*(Dirige una mirada á Conrado que permanece sentado como aturdido, con amargura.)* ¡Y un nuevo honor! *(Estrecha á Lenora.)*

MUHLINGK. — Esta, ésta es nuestra recompensa!

LENORA.—Padre, y tú, madre, no puedo pedirles pendón, porque lo que hago no es más que cumplir con mi deber. Estoy segura de obrar bien. Pero les suplico que piensen en mí sin amargura.

MUHLINGK.—¡No faltaba más! ¿Crees que te dejaré salir de esta casa sin decirte lo que mereces?... No, no eres... *(Levanta el brazo como para maldecirla.)*

TRAST.—*(Acercándose á él.)* Eso no, caballero; no hay necesidad de maldecir á nadie. *(Más bajo.)* Y, entre nosotros, no hace tan mal partido su hija de usted. Ese joven se-

rá mi socio, y como, además, no tengo parientes, será mi heredero.

MUHLINGK.—Pero,.. señor barón... Si usted me lo hubiera dicho...

TRAST.—(*Retrocede con viveza y extiende los brazos como para rechazarlo.*) ¿Va usted ahora á bendecirlos? ¡Oh! por escrito esa bendición, se lo suplico. (*Sigue á Roberto y á Lenora que se dirigen hacia la puerta.*)

TELÓN

Biblioteca Selecta

	Pesetas
JANET.—Filosofía de la felicidad	1
SALUSTIO.—Conjuración de Catilina	0'75
WAGNER.—Mis ideas. . .	1
ESPRONCEDA.—Desesperación -Arrepentimiento.	0'50
ZOLA.—¡Yo acuso! . . .	0'50
NIETSZCHE. — Así hablaba Zaratustra	2
» Más allá del bien y del mal	2
I. FARRÉ CARRIO.—Gramática catalana. . .	2
» Gramática castellana .	2

Teatro sin damas

1.—**La huelga de los herreros.**
(monólogo)

2.—**Un minuto más tarde.**
(juguete en un acto)

3.—**La batalla de Clavijo.**
(drama en un acto)

3 0112 115879311

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

Colección de las mejores obras dramáticas á CUATRO REALES tomo

Ibsen.—Halvard Solness.
» —Hedda Gabler.
» —Los puntales de la sociedad.
» - Un enemigo del pueblo.
» —Casa de muñeca.
» —La unión de los jóvenes.
» —Brand.
» —El pato silvestre.
» - Espectros.
» —La dama del mar.
» —Rosmersholm.
» —El niño Eyolf
» —Peer Gynt
Shakespeare.—Hamlet.
» —Otelo.
» —La fierecilla domada.
Balzac.—Lucha eterna.
Strindberg.—La señorita Julia.
» - Padre.
Sudermann.—El honor.
» Magda
Marlowe.—Fausto
Pagano.—Más allá de la vida.
» El dominador
» Nirvana
» Almas que luchan
Maeterlinck.—La intrusa.—Los ciegos. Interior.
T. de Molina—D. Gil de las calzas verdes
» El vergonzoso en palacio
» La Villana de Vallecas
Moratin.—El sí de las niñas.—El
» café
Hauptmann.—Almas solitarias
Calderôn.—La vida es sueño
Dumas.—La dama de las camelias
Gener-Omedes.—El Sr Ministro
Payró - Sobre las ruinas
Butti.—Tras el placer
Molière-Moratin. — El médico a palos.—La escuela de los maridos.
Ramos Almas rebeldes.
» Una bala perdida.
Giacometti.—La muerte civil.
Wagner.—El oro del Rhin. - La Walkyria.
» Siegfried. — El ocaso de los dioses

A DOS REALES tomo

Anónimo.—El diablo predicador.

Jovellanos.—El delincuente honrado.

Labaila.—Los comuneros de Cataluña